

DIRECCION, TALLER
Y ADMINISTRACION
ESTADOS UNIDOS 299
U.T. 33 - AVENIDA 6661
BUENOS AIRES
COSTO ANUAL DE
LA SUSCRIPCION \$ 5
NUM. ATRASADO 0.20

VISION

AÑO I NÚM. 5

APARECE LOS VIERNES

7 FEBRERO 1936

LO QUE VALE ESTAR BIEN CON DIOS...



CANTILO (beatífico).—Encabezo una vez más, ¡Dios sea loadol!, la lista de candidatos de la U. C. R.

SUMARIO

Jacinto Oddone

El problema del latifundio.

Ernesto C. Boatti

Documentamos el fraude conservador.

Rafael Lencinas

"Demostraré que es verdad todo cuanto dije de la Standard Oil".

Anselmo Jover Peralta

Desde hace siete años impera en el Paraguay un régimen de dictadura

M. Matveev

Pogrom (Cuento).

J. J. Cabodi

Hacia una poesía proletaria.

José Gabriel

Un gran sentidor de la Pampa.

Angel E. Roffo

Vida de Angel H. Roffo.

León Trotsky

Es un deber indudable defender al Estado Soviético.

Bagaria

Tres dibujos.

Lézaró Liacho

Un ensayo en torno a nuestro deporte más pedestre.

Editoriales

Legalidad para los comunistas.
Buitrago no puede ser gobernador.

Tristán Suárez

La liquidación de los Tramonianos.

B. A. Fernández

La unidad sindical por sí sola no basta.

Notas políticas, artísticas, bibliográficas, deportivas, económicas, de gremialismo obrero, etc., etc.

Centavos 10 el Ejemplar

POGROM

(Traducido especialmente para VISION por Carlos Liacho)

TOMAR el nombre de revolucionarios y tratar de «divertirse» a expensas de los judíos, es un procedimiento que los Blancos ya emplearon en Rusia, en 1919, mucho antes que Hitler.

Un enigmático ejército de 70.000 hombres se hallaba reunido alrededor de esa ciudad de 100.000 habitantes, de los cuales treinta mil eran judíos. Esos hombres andaban descalzos, haraposos y bien armados. Habían participado en la revolución; pero después de la victoria, a la vez que conservaba los signos exteriores de un ejército rojo, este ejército se metamorfoseaba. Se decía que los provocadores Blancos se habían infiltrado hasta en el estado mayor.

Todos los días algunos regimientos compuestos por estos inquietos soldados rojos, descendían a la ciudad, la recorrían lentamente y confiscaban las armas.

Aún nos hallábamos en la guerra civil. Como ese ejército no molestaba a los comunistas y se había vuelto a crear el Centro, quien prometía tomar medidas, se esperaba. En la ciudad misma se satisfacían sus exigencias, se les entregaba toneladas de bebida.

De tiempo en tiempo se «divertían» con los judíos; un judío barbudo era conducido por ellos ante el estado mayor, a la estación. Le cortaban la barba y a veces las orejas o la nariz y le obligaban a bailar la «maitise». Grupos diferentes hasta trataron de saquear, pero una pequeña respuesta o un llamado telefónico a la estación, lo detenía todo.

Al final se decidieron. Algunos hombres del Soviet local desarmaron a un destacamento de esos soldados sospechosos y se atrinchieron frente a la estación: las tres cuartas partes de ellos eran jóvenes judíos. Los bombardearon con obuses, las trincheras fueron destruidas y muertos sus ocupantes. Luego pasaron algunas horas de espantosa calma, de espera incierta.

M. M.

CON paso tranquilo, con una enorme bandera roja al frente, un destacamento de caballería salió de la estación.

Aunque habituado a semejantes desfiles, me sentí impresionado una vez más, Me detuve; estaba desorientado por la inscripción en negro que se destacaba sobre la bandera roja: «Viva la revolución, muerte a los judíos». Desde lo más íntimo de mi ser, un sentimiento me decía que algo grave estaba preparándose. ¡Pero la sorpresa resultaba tan espantosa y tan tranquilos los soldados sobre sus monturas! Tenían el aspecto habitual: carecían por completo de ese aire alegre, o triste y excitado que debe tener un hombre yendo a matar a otro.

Sólo al continuar mi camino sentí frío y, como si perdiera sangre, experimenté la necesidad de regresar, de ver a los míos, de informar sobre lo que pasaba. Pero el suave sol, la vegetación primaveral, expulsaron rápidamente esas sospechas aún sin forma.

Al penetrar en una calle solitaria, ví, sobre la acera opuesta, a un profesor, conocido mío, que huía con su mujer y su hija. Digo «huir», si bien ésto no es completamente exacto, pero se veía que estaban muy apurados; la pequeña era arrastrada por la mano y apenas podía seguirlos; al huir se apretaban contra los muros y sus manos se hallaban cargadas de pequeños paquetes mal atados.

No obstante, al ver eso sonreí, y luego comencé a sentir, como un poco antes, frío, inquietud; apresuré la marcha, volviendo rápidamente la cabeza, como si alguna persona se hallara tras mío. La calle estaba muy limpia, llena de la som-

bra verde de los árboles y completamente desierta.

Cuando uno lee algo sobre los pogroms, imagina siempre que los asesinatos, robos y estupros que los acompañan, se realizan en medio del estrépito de vidrios rotos, puertas forzadas y astilladas y, sobre todo, en medio de los gritos de las víctimas. Se olvida que los pogroms siempre son preparados psicológicamente y que en ellos se mata a hombres mudos de terror. Y esto se desarrolla como los dramas movidos en el cine mudo.

La calle estaba desierta tras mío; estaba desierta a cien pasos delante de mí. Pero en el cruce de dos calles observé a un grupo de soldados, en una pose extraña, frente a un edificio nuevo. Mirando más detenidamente, noté que tiraban con sus fusiles contra las ventanas del primer piso. Sólo entonces oí un crujido seco como de paja ardiendo y los sonidos suaves de los vidrios rotos. Un poco más adelante un grupo de hombres uniformados rodeaban a un civil: le retorciaban las manos: era claro; a la distancia, noté que tenía la boca abierta, pero ningún grito llegó hasta mí. Después, el hombre cayó y los soldados volvieron lentamente al edificio asaltado, salvo uno que se inclinó sobre el hombre caído.

Retorné sobre mis pasos. Del otro lado, al otro extremo de la calle, ví a un nuevo grupo de soldados entretenidos pero de aspecto apacible, que entraban en un patio. Yo conocía una casa con dos salidas. Penetré en ella. Todo se hallaba en calma, pero en una calma de muerte; todas las persianas estaban cerradas y, no sé porqué, adiviné a las gentes espiando detrás de ellas. Hundi mi sombrero sobre la frente. Al salir percibí algunas sombras que se escurrian sin ruido.

En la puerta cochera de la casa tropecé con un hombre de negro, tendido en el suelo. En medio de la frente tenía una mancha redonda de color marrón. El departamento del subsuelo en que vivían mis padres, tenía las puertas y las ventanas abiertas. «Los míos aman al sol»,—me dije sin convicción. Al entrar comprendí que ya habían pasado por allí. Aunque los muebles desaparecieron, los cuartos se hallaban llenos de objetos entremezclados, despedazados.

De un salto recorrí las habitaciones buscando a los míos. ¿Muertos? ¿Vivos? Allí no había nadie. Un instante después estaba en el patio. Todas las puertas y ventanas se hallaban cerradas herméticamente. De pronto oí un murmullo. Un murmullo muy próximo. Y una puerta pesada se abrió en fibura a diez pasos de mí. Alguien me llamaba.

Nunca había entrado en el alojamiento de esos vecinos judíos, dos solteras y un sobrino, un pequeño muchacho jobrado. Era un alojamiento al que se descendía por peldaños, una especie de sótano. Necesité varios segundos para advertir que mi madre era quien me tiraba por la manga. En la penumbra, había mucha gente: mujeres, niños, hombres; todos estaban rígidamente sentados, como si todos esperaran.

Las dos solteras no olvidaban sus deberes de huéspedes. Eran las únicas personas que hablaban, las únicas que daban explicaciones. Ellas fueron las que me indicaron un lugar sobre un canapé agujereado y quienes me ofrecieron de comer. También se ocupaban de una mujer gruesa alojada en otra pieza pequeña y que se desvanecía continuamente. Ellas le mojaban las sienes, y su blusa tendida sobre su amplio pecho estaba completamente empapada. No estaba pálida; su cabeza se hallaba tan roja que parecía a punto de estallar. Se encontraba tendida a medias sobre un lecho bajo. Su hijo, un muchachuelo muy flaco, de ojos muy negros y de piel



amarillenta, se hallaba acostado en la cama, completamente vestido; estaba tapado con varias frazadas y con un sobre todo negro. De tiempo en tiempo se levantaba un poco apoyándose sobre sus codos; miraba a la puerta y volvía a caer de nuevo. Tenía miedo.

Mi madre parecía de piedra; sus finos labios estaban apretados; aparecían como una línea violeta. Mi hermana tenía los ojos enrojecidos. Todo el mundo miraba a hurtadillas a nuestro grupo. Comprendí el porqué: mi padre acababa de ser asesinado en alguna parte, en la calle.

Entonces comencé a pensar rápidamente, con mucha rapidez, hasta con demasiada rapidez.

Mi madre me miró fijamente con sus ojos... que se habían puesto muy grandes y muy fríos. Ciertamente existen signos exteriores de mis pensamientos que marchan demasiado rápido. Mi madre toma mi mano. Mi hermana se aproxima y me aprieta la otra mano: formamos un bloque de sufrimiento.

En general, no se habla. Se trata de percibir los ruidos del exterior que no llegan. Más bien se escucha cada uno de los movimientos prudentes de los judíos que están aquí. Una pregunta permanece suspendida en el aire; cada uno la responde, pero en sí mismo, para sí mismo. Se dice, por ejemplo, que «ellos» no tocan a los viejos y a los niños.

También saben que desde hace varios días los judíos son arrojados por las portezuelas de los trenes en marcha, después de haber sufrido torturas, estupros e injurias inimaginables. Pensad lo que le habrá sucedido para que el horrible asesinato de su hermano le parezca una cosa pequeña o una solución mejor. Imaginadlo, yo no puedo hacerlo. La misma noche fué asesinada.

Por un momento se respira mejor: uno piensa en ella, en su madre que llora sin ruido, porque sabe que no hay que llorar, porque esos sollozos jamás podrán ser detenidos, porque ellos desgarrarán el corazón. Aquí se tiene miedo a llorar, porque llorar es hundirse arrastrando a todo el mundo hacia abajo y desde un alto, enorme acantilado, es hundirse durante toda una eternidad, es girar hacia abajo, sobre piedras cortantes como cuchillos. Y a pesar del cuerpo magullado, el corazón continuará llorando lo mismo.

Me levanto. Mi madre y mi hermana también se levantan. Entonces me acerco a la ventana que da sobre la calle. Mi madre y mi hermana vuelven a sentarse. Encuentro una hendidura en el postigo por la cual puedo ver un rincón de la calle. Continúa desierta. Las sombras de los árboles aún no han desaparecido. Un hombre pasa por la acera de enfrente; está encorvado por el peso de un enorme saco. Detallo cada movimien-

to, lo diseño meticulosamente en mi espíritu. Miro al sol extendido sobre la calzada, las líneas de los follajes, las fisuras en la pared de enfrente. Quisiera salir a esa calma distinta, aún a riesgo de perder mi vida, pero no puedo. Más espantoso es tratar de explicárselo a mi madre, pronunciar una palabra. Los otros, sin embargo, se aventuran de tiempo en tiempo; salen. Pero no por mucho tiempo. No se habla: uno no ha re-mucho. Otro retorna con una mujer cristiana. Ella nos anima. Es una amiga. Tiene un paquete bajo el brazo; está mal hecho y veo dentro un chal tejido por mi madre.

Alguien golpea en la puerta; algunos se sobresaltan, otros permanecen inmóviles. La mujer cristiana va a abrir. Entra una muchacha. Tiene una pequeña valija en sus manos. La reconozco a pesar de su palidez y de sus rasgos que se han hecho duros, muy duros. Su madre está aquí, en el rincón de la derecha. Su hijo ha sido asesinado ayer; la madre quiere contarle; llora silenciosamente por la joven ya no sabe, sabe muchas cosas. Con voz fría, dice: «¡ankel ha muerto, no es nada». Y repite aún «no es nada», «es mejor así». Se sienta a la izquierda, rígida, sin acercarse a su madre.

Todos saben que regresa de un viaje. También saben que desde hace varios días los judíos son arrojados por las portezuelas de los trenes en marcha, después de haber sufrido torturas, estupros e injurias inimaginables. Pensad lo que le habrá sucedido para que el horrible asesinato de su hermano le parezca una cosa pequeña o una solución mejor. Imaginadlo, yo no puedo hacerlo. La misma noche fué asesinada.

Por un momento se respira mejor: uno piensa en ella, en su madre que llora sin ruido, porque sabe que no hay que llorar, porque esos sollozos jamás podrán ser detenidos, porque ellos desgarrarán el corazón. Aquí se tiene miedo a llorar, porque llorar es hundirse arrastrando a todo el mundo hacia abajo y desde un alto, enorme acantilado, es hundirse durante toda una eternidad, es girar hacia abajo, sobre piedras cortantes como cuchillos. Y a pesar del cuerpo magullado, el corazón continuará llorando lo mismo.

(Segue en la página 6)

Escribe Pascual LIPTON

DE VIERNES A VIERNES

LA elección de candidatos a diputados y concejales llevada a cabo en las filas de la U. C. R. no podía deparar sorpresas a nadie. ¿Y cómo podía depararlas? Sin debate de problemas, sin programa concreto de ninguna índole, sin vida partidaria orgánica y efectiva, supeditadas las actitudes de los dirigentes a intereses mezquinos, pequeños y reaccionarios, dispuestos los organismos dirigentes a conciliarlo todo en aras de la «nueva política» expuesta por Alvear: pacto de no agresión con el gobierno y reparto equitativo de la «dirección» del país, las elecciones internas del radicalismo a lo sumo podían prestarse para «cábulas» de café, para discutir por deporte la colocación en la lista de un número de jefes ya de antemano señalados como candidatos.

* Y sin problemas que resolver, sin lucha de ideas, sin deseos efectivos de defender «la Constitución, la Democracia, las autonomías provinciales, los Derechos del Pueblo, etc.»—vaguezadas nebulosas que sirven al radicalismo para «conciliar» los intereses más encontrados, los antagonismos reales aunque inconscientes en los distintos sectores sociales que lo integran— esas elecciones tenían que convertirse en una lucha entre caudillos por los primeros puestos.

* El partido mayoritario del país, el partido de mayor incapacidad política, de menor consistencia por su carácter amorfo y su composición heterogénea, el partido de las frases ampulosas, de los hechos pequeños, de los jefes sin nervio político ni capacidad de acción, el partido de todos los matices políticos y sin ninguna política clara, firme y medular, «el partido popular gobernado por una oligarquía conservadora», tiene que expresarse a través de esos candidatos y sólo de esos candidatos.

* Las contradicciones del país, el aparente caos de la vida nacional en todas sus manifestaciones, la incipiente delimitación política y la escasa conciencia de clase de los sectores explotados de la población, todo el aspecto negativo del proceso social, se espejan y hasta simbolizan en el radicalismo. Y se personifican en los candidatos de la U. C. R. La extrema derecha como la demagogia pseudo-izquierdista, tienen en esta lista electoral sus representantes. ¿No está Cantilo, con olor a sacristía, sentimientos apostólicos y oserantismo ugartista? ¿Alta el demócrata destendido, meticulado, enemigo de afirmaciones comprometedoras, falta Tamborini? Sólo los Forjistas no participan en la repartija. Pero también llegarán... si se quedan en el Partido.

LOS lectores de VISION conocen ya la cuestión promovida en la I.A.P.E. por el doctor Augusto Bunge contra nuestro camarada José Gabriel, a causa del folleto de éste: «Un cortésano de Stalin». El doctor Bunge pedía su expulsión basándose en el hecho que Gabriel ataca la política de Barbusse y sostiene que el autor de «Clarté» tergiversaba toda la historia del bolchevismo, inventaba un marxismo-«o sui géneris», y desconocía o tergiversaba los principales documentos del movimiento revolucionario ruso.

Pero la C. D. de la I.A.P.E.—organización de frente único en «defensa de la cultura»— no ha dado curso al pedido de nuestro colaborador Augusto Bunge, considerando que no podía atribuirse funciones ajenas a su finalidad, es decir, juzgar las opiniones políticas y literarias de uno de sus asociados que, indiscutiblemente, se encuentra colocado en el sector de izquierda. No cabe ningún reparo a la actitud de la C. D. al no considerar de su incumbencia el asunto planteado contra J. Gabriel.

* Sin embargo, la C. D. de la I.A.P.E. comete un pequeño desliz, cuando afirma, por boca de su presidente, que lamenta los ataques llevados a la memoria de Barbusse. ¿No implica ésto, entrar «a juzgar las opiniones políticas y literarias» de uno de los socios de la organización?

Pero no queremos pelear por puntillosos. Sólo cabe regocijarnos, pues se ha solucionado un asunto que, con otro criterio, hubiera perjudicado a una entidad que posee un objetivo loable y que puede realizar una obra amplia por la cultura.

EN nuestra «sección obrera» comentamos en detalle los hechos acaecidos en la Unión Ferroviaria y su epílogo vergonzoso: el atentado contra su sede. Aquí queremos ocuparnos de uno de sus aspectos, de la actitud asumida por el ministro del Interior y la Jefatura de Policía.

* A fines del mes pasado la C. D. de la Unión comunicó a la policía que la sede del sindicato ferroviario había sido baleada y le solicitaba investigara el caso. Posteriormente informó al ministro del Interior y a la Jefatura de Policía que se preparaba un atentado contra los dirigentes del gremio y les solicitaba garantías. El señor ministro no respondió. La policía hizo acto de presencia cuando los alóderes de Tramonti—unos 150 individuos— trataron de introducirse en el local ferroviario y expulsar—o asesinar— a los integrantes de la C. D. Hubo tiros, heridos, tumulto. Y la policía continuó manteniéndose como espectadora.

Sólo cuando los asaltantes desaparecieron, pretendió detener a los asaltados. Y esto nada tiene de curioso ni sorprendente. La intervención del doctor Bullrich para «pacificar» a tramontianos y cegetistas, la campaña realizada por los jefes de la Central apócrifa en contra de los obreros y en beneficio del Estado y los patrones, merecía ese premio.

DIRECCION Y ADMINISTRACION EST. UNIDOS 299 BUENOS AIRES

DIRECCION Y ADMINISTRACION EST. UNIDOS 299 BUENOS AIRES

N.º 5 AÑO 1

APARECE LOS VIERNES

FEBRERO 7 1936

NOTAS EDITORIALES

Legalidad para los Comunistas

EL Partido Comunista ha proclamado, recientemente, candidatos a concejales. Los ha proclamado en la intimidad, diremos así, y no, como se estilaba y corresponde, en acto público.

Adelantémosnos a dejar constancia de que no es por culpa del mencionado partido. Bien quisieran los comunistas realizar una asamblea popular y ungrir ante ella a sus candidatos. Bien quisieran levantar tribunas—a igual que los demás partidos— en las esquinas de nuestra ciudad y exponer desde ellas, libremente, sus puntos de vista políticos, sus propósitos, sus ideas, su programa, a la par que los méritos de sus candidatos.

No pueden hacerlo. Les está vedado actuar públicamente.

¿En razón de qué? ¡Vaya uno a saberlo!

* *

En el estado actual de nuestra democracia, se da el caso curiosísimo de que los poderes públicos parecieran esforzarse en suscitar la desesperación entre ciertos sectores ciudadanos, como si aquéllos tuvieran algún especial interés en provocar entre éstos un alzamiento rebelde. ¿Será a objeto de tener así un pretexto aparentemente legítimo para desencadenar una represión sangrienta y eliminar definitivamente los últimos restos de libertades democráticas de que todavía disfruta la clase obrera?

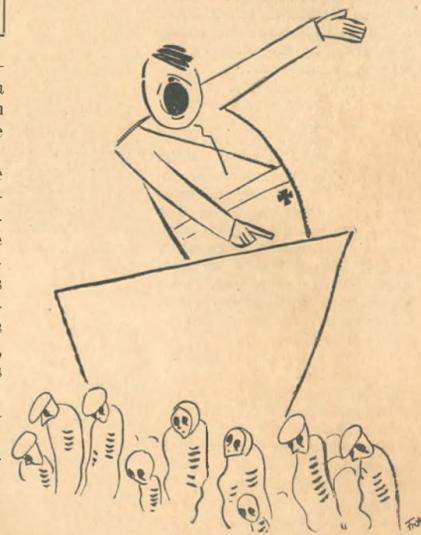
* *

Durante un tiempo bastante largo vióse al gobierno empeñado en empujar a la masa radical hacia la desesperación. Le vetó los candidatos, le impidió realizar mítines, le encerró los locales partidarios, le atribuyó designios feroces, le colgó el sambenito de conspiraciones descabelladas, le encarceló, confinó y desterró a los líderes de más prestigio, le hizo, en fin, mil y una perrerías.

Naturalmente, la masa radical no reaccionó. No es masa, la radical, capaz de movimientos enérgicos, ni de acciones de envergadura. Carece de preparación política. Carece de homogeneidad interna. Carece de propósitos claramente definidos. Pervirtida por el poder que ejerció durante cerca de veinte años, carece de hábitos para la lucha, de capacidad combativa, de espíritu de sacrificio. No se soviativó, pues. Toleró pacientemente los castigos, aguantó resignadamente las provocaciones reiteradas y dió tiempo a sus caudillos—viejos burócratas con inextinguible añoranza de sus comodidades burocráticas, perdidas sin gloria y, en muchos casos, también sin honra— a que pactaran su sumisión—la de ellos y la de la masa que acaudillan— con el misterioso gobierno que tan sañudamente los hostilizó.

* *

Pero no es de creer que el gobierno acaricie la esperanza de que también pacte con él el partido comunista. No cabe sos-



EN EL 4º ANIVERSARIO

Hitler arenga con elocuencia al pueblo alemán, como se vé, exaltado y belicoso.

pechar de que lo persigue y maltrata con el mismo propósito político con que maltrató y persiguió a la Unión Cívica Radical.

¿Qué es lo que quiere, entonces?

* *

Comprenderíamos, aunque no lo justificaríamos, que el gobierno le tuviera particular ojeriza y le moviera guerra sin cuartel a una agrupación que empujándose se negara a intervenir en las luchas comiciales y se encastillara, por propia decisión, en una ilegalidad a todo trance.

No es este el caso. Los comunistas argentinos actúan ilegalmente por la exclusiva razón de que el gobierno les priva, porque sí, del derecho a moverse legalmente. Más: ellos mismos lo dicen, ellos mismos procuran convencer al gobierno de que no les place la acción ilegal, de que están hartos de verse arbitrariamente colocados al margen de la ciudadanía, de que están cansados de sufrir injustas persecuciones y de que, en fin, no les seduce la perspectiva de tener que mantenerse permanentemente en la penumbra, a escondidas, como si tuvieran que ocultar algo o estuviesen tramando conspiraciones o les agradara encerrarse misteriosamente en estrecho sectarismo.

* *

Devuélvanselos a los comunistas los derechos ciudadanos que les fueron inicua-mente quitados. Séales permitido—conforme a nuestras leyes, que nadie está autorizado a olvidar ni, menos, transgredir— actuar en un plano de igualdad con los demás habitantes de la República.

No hay en ello peligro alguno.

Más peligroso es acorrolar a ciudadanos argentinos—sea cual fuese su ideología— y empujarlos a la desesperación.

HABLA BOATTI

Documentamos el Fraude Conservador

ESPUES que el ingeniero Ernesto C. Boatti y el señor José Luis Cantillo hubieron hecho entrega, en la Casa de Gobierno, del memorial en que la Unión Cívica Radical fundamenta el pedido de que se interviniera la provincia de Buenos Aires, abordamos al primero de los políticos nombrados, requiriéndole nos formule algunas declaraciones a propósito de la gestión en que acababa de intervenir.



El ingeniero Boatti, como si nuestro requerimiento le sorprendiera, nos dijo:

¿Qué quieren que les manifieste? Fuimos, el señor Cantillo y yo, simples portadores de un memorial que pusimos en manos del representante del Poder Ejecutivo que nos atendió, Dr. Castillo, ministro, como ustedes saben, de Instrucción Pública e, internamente, del Interior. Al Poder Ejecutivo le corresponde, ahora, juzgar de la razón de nuestra demanda, y no a nosotros.

¿Ni a la opinión pública?

No pretendían —nos responde vivamente, casi como si nos sorprendiera— hacerme aparecer como queriendo substraer el juicio de este asunto a la opinión pública, ante la cual los radicales nos inclinamos invariablemente y de cuya adhesión gozamos, para honra nuestra. La opinión pública ya ha dado su fallo, que ustedes como periodistas, están en el deber de no ignorar.

En efecto, no la desconocemos —confesamos.

Ni lo desconoce nadie —prosigue el ingeniero Boatti—. La opinión pública ha expresado ya, categóricamente, su indignación ante el escandaloso fraude con que el conservadorismo se ha burlado de ella y la ha escarnecido en la provincia de Buenos Aires.

¿Y usted cree, ingeniero, que el Poder Ejecutivo no sabe que fue fraudulenta la elección provincial?

Debe saberlo...

¿Usted cree que el Poder Ejecutivo no dispuso hasta ahora de los elementos necesarios para arribar al convencimiento de que en la provincia han sido subvertidas las instituciones republicanas y las garantías públicas e individuales y que, en consecuencia, corresponde intervenirla?

Debe disponer de esos elementos, ampliamente.

Entonces... ¿a qué el memorial? ¿No le parece un tanto inoficioso su presentación?

Al contrario —nos replica enérgicamente—. Con la presentación del memorial documentase una vez más lo escandaloso, fraudulento y antidemocrático del proceder conservador y se refuerza la presión que la opinión pública viene ejerciendo sobre el Gobierno Nacional, para inducirlo a corregir lo que palmariamente es incorrecto.

¿Y no es esceptico? No sería elegante ni digno que, iniciada una gestión ante el Poder Ejecutivo, nos adelantáramos a posar displicentemente de escepticos. Estamos seguros de la verdad que nos asiste, de la justicia que nos acompaña, de la fervorosa adhesión que nos ofrece la opinión pública, y, siendo así, lejos de mostrarnos escepticos, lo razonable es que afirmemos nuestra confianza en el éxito.

Como nuestro propósito es reportar y no polemizar, abandonamos prestamente el tema, para someterle al ingeniero Boatti esta otra pregunta:

En qué ha quedado la absurda acusación que se lanzó contra usted de que se proponía atentar contra la preciosa vida del doctor Fresco?

El ingeniero Boatti se echa a reír y nos dice:

Me parece que no vale la pena hablar de eso. Como ustedes dicen, es una acusación absurda a la que sólo la policía de un régimen corrompido, de un régimen en des-

Los Escritores Turiferarios de Venezuela

LUIS ARDILES

El militarismo venezolano es el más antiguo y sanguinario de esta América cálida. Solamente tiene parangón con el mejicano. Caribes y aztecas se disputan el privilegio de ferocidad. En Méjico es muy común la frase política: "por mis pistolas". En Venezuela, los generales a machetazo limpio, toman el poder. Son muy valientes pero no saben leer muy bien.

De la noche a la mañana surgen estos hombres feroces y se devoran entre sí. La lucha muchas veces no es entre soldados sino entre generales. Cada comandante de veinte hombres se titula general. Tiene razón un humorista al decir que los cuervos en los campos de batalla eligen de "coronel para arriba".

Venezuela presenta un espectáculo desolador y único. Es tierra fecunda en "presidentes constitucionales" por 25 años. Antes del viejo dictador que acaba de morir, dominaron Venezuela sin control: Páez, el llanero; Guzmán Blanco, el magnifico; Aduenza Palacio, el sombrío; Andrade, el libidinoso; Cipriano Castro, el sátiro; y por último cierra esta lista de estadistas preclaros Juan Bisonte, el semental. Más de ochenta hijos naturales y una fortuna de cien millones de dólares es el fruto de sus esfuerzos constitucionales. Seis mil presos o tal vez más fueron estrangulados, torturados y humillados en las cárceles de la Rotonda y Puerto Cabello.

Pero el dictador durmió siempre bien, comió con excelente apetito y asistió a las peleas de gallos. Los áulicos de palacio bromean sobre la potencia de este presidente semental que comía tres libras de carne diarias y meaba dos horas seguidas. ¡Todo un caudillo!

ESCRITORES TURIFERARIOS Y DICTADURA CLASICA SUDAMERICANA

EN 1910, antes de que Mussolini creara un sistema de fuerza y una teoría para gobernar Italia con aceite de ricino y palos, ya en Venezuela la tierra desdichada de la dictadura, existió un teórico que proclamó y aconsejó el gobierno del "buen tirano" como el único sistema adecuado para la "tranquilidad del país", "el logro de la fortuna personal" y la jubilación literaria.

Este creador e innovador de la "Constitución" se llama Valenilla Lanz. Otros le dicen Vaenilla. Su libro "Cesarismo Democrático" es un elogio de la mano fuerte, del tormento y de la prisión. El libro tiene pretensiones filosóficas y está escrito con un cinismo risueño. Sin em-

composición, podía dar curso. ¿No lo han vuelto a molestarse y nos declaran? —Ahora me permitirán ustedes que sea yo quien pregunte: ¿cuánta hampa como «vanguardia de los conservadores» provincia de Buenos Aires ha encarcelado a los elementos del ham-

bargo Valenilla Lanz no es original. Su obra está inspirada en los escritos de Francisco Bulnes, sostenedor y bastonero del general Porfirio Díaz, caudillo militar que se instaló en el palacio presidencial de Méjico por 35 años.

Nunca han faltado a los dictadores sus apologistas. Los tiranos sudamericanos, generalmente han sido pródigos con el dinero del Estado para mantener plumíferos. Así Juan Bisonte Gómez abre la bolsa y paga diez mil dólares al escritor mejicano Nemesio García Naranjo, colaborador de "La Nación" de Buenos Aires, por un libro sobre Venezuela en el que, naturalmente, exalta al dictador y lo eleva a los cuervos de la luna. El poeta venezolano Arvelo Larriiva justamente indignado lo llamó: "escritor celestina de inmundicias". García Naranjo siempre la lengua fácil y un cinismo a prueba del tiempo que desempeñó el cargo de ministro del chocal Victoriano Huerta. El maestro Bulnes lo consideraba uno de sus discípulos más aventajados en el arte de complacer generales y limpiarles las oraduras.

Juan Vicente Gómez en su brutalidad era vanidoso. Le conmovía el elogio y todos los escritores paniaguados que llegaban a Caracas salían con dólares. Sobre todo lo que deseaba el viejo sátiro era sobresalir y sobrepasar a su compadre Cipriano Castro.

No satisfecho de sus lacayos literarios, entre los que se distinguían el mulato Andrés Mata y otros, solicitaba el elogio de escritores extranjeros. Por eso fué a Méjico García Naranjo.

Aunque Andrés Mata sentía celos de Naranjo y del torero Faico, nadie como él para las bajas tareas y nadie tan vil para el insulto. En cambio, Valenilla Lanz, abogado y jurisconsulto, hombre de excelente apetito y de ninguna sensibilidad, era el teórico de la dictadura, el creador de la filosofía de la resignación.

Estos dos cuñucos han tenido importancia considerable en Venezuela durante 25 años en tanto el dictador entregaba todo el petróleo a los yanquis, holandeses e ingleses. Estos miserables han gozado de toda impunidad para enviar a prisión a miles de hombres de talento por el simple detalle de descubrir su independencia y su talento.

Mientras los grandes talentos del país se morirían de hambre en las prisiones y en el exilio, los plumíferos oficiales de Gómez digerían el presupuesto y sus plumas destilaban hiel y veneno en su odiosa tarea de indignidad.

El ingeniero Boatti vuelve a pa? ¿No ha sido, acaso, precisamente la publicación de ustedes, VISION, quien ha definido al hampa como «vanguardia de los conservadores» y con un fuerte apretón de marnos, nos despedimos.

Unas Palabras Sobre la Fundación de Buenos Aires

Por JOSE LOPEZ FERNANDEZ

AMBIEN nosotros diremos algo a propósito de la celebración del cuarto centenario del nacimiento de Buenos Aires.

En 1535, cuando la expedición de Mendoza emprendió viaje al ya codiciado Río de Solís, España, totalmente sometida al César romano-germano, victoriosa de los comuneros, era por una parte un pueblo de campesinos y semicampesinos de la más pura tradición democrática y hacendosa, pero ya hambrientos o con la vida enormemente dificultada por el cesarismo que venía pujando desde hacía más de doscientos años, y por otra parte era un conjunto de funcionarios cesáreos (laicos y religiosos) de ínfulas aristocráticas, de hábitos de rapiña y cada vez más extraños a la nación.

Unos por buscar mejor vida, y otros por realizar sus ambiciones, pueblo y funcionarios emprendían correrías por Europa y por América. Viajaban aparentemente hermanados, pero en realidad, llevando en el fondo diferentes objetivos, sólo iban asociados físicamente, porque unos necesitaban de los otros para los trotes europeos y para las travesías marinas. En llegando a posible destino (posible, porque nunca lo llevaban seguro) poco tardaban en disreparar y aun en encontrarse enconadamente. En Europa la discrepancia permanecía generalmente en los límites de la disciplina militar; pero en América, lejos del centro de gravitación, disminuida la autoridad de los jefes y recuperada la libertad del pueblo, únicamente la imposibilidad material o el miedo personal establecían linderos.

Los funcionarios, más hechos a la pelea por la instrucción soldadesca, y más mañosos por la educación clerical, triunfaban del pueblo trabajador que los acompañaba de buena fe y que pronto sentía la necesidad de repelerlos; pero era un triunfo que arrasaba con los brotes sin extrañar las raíces, de modo que el pueblo venecido en las reyertas retoñaba en la paz con sus virtudes políticas y domésticas, que así iban extendiéndose a pesar de los jefes por las tierras ocupadas, e incluso llegaron, como en Santa Fe y en Asunción, a triunfar también en la guerra contra los jefes. Si en la fundación de Buenos Aires no nos limitamos a los cinco años que duró el primer intento, y proseguimos sin interrupción (como en realidad no la tuvo) la labor de ese lustro hasta enhebrarla con el intento definitivo de Garay, veremos que ocurre punto por punto la historia esbozada, sin faltar la victoria popular, o sea la imposición de los pobladores en la elección de gobernador a la muerte del segundo fundador. Pero aun teniendo en cuenta la creación y feneamiento de la población mendocina, comparece la historia de un pueblo huído del cesarismo aniquilador y en procura de nueva vida, y unos funcionarios cesáreos y saltadores, o, en lenguaje de hoy: un proletariado huyendo de la miseria y un capitalismo extendiendo su imperio. Efectivamente: Pedro de Mendoza, que fletaba a su

POR ANSELMO JOVER PERALTA



A. Jover Peralta

Desde hace Siete Años impera en el Paraguay un Régimen de Dictadura

EL PRESIDENTE AYALA ES UN GOBERNANTE ARBITRARIO E INHUMANO



Eusebio Ayala

EN el Río de la Plata se cree generalmente que el actual gobierno del Paraguay es un gobierno decente y respetuoso de la ley. Pero, la realidad es muy distinta. Ningún gobierno —salvo el del Presidente Guggiari, asesino de obreros y estudiantes— ha hecho sufrir tanto al pueblo ni da llegado a los extremos de opresión y de inhumanidad a que ha llegado el del Presidente Ayala. Si yo dijera que han sido clausurados los diarios opositores, que no existen garantías ni libertad de reunión para los adversarios del gobierno, que todos los días se producen detenciones arbitrarias y que millares de ciudadanos, perseguidos por la dictadura imperante, han traspuesto las fronteras del país, no habría dicho bastante. Porque no son solamente las libertades esenciales lo que ha desaparecido del solar comunero sino que la "piedad" —ese sentimiento que hasta las fieras practican— ha huído del corazón de sus implacables gobernantes. Un hecho reciente —que pasamos a relatar— revela hasta dónde es capaz de llegar el actual gobierno paraguayo en la persecución de sus adversarios.

TUBERCULOSO Y ASMATICO, LO ENCIERRAN EN UN CALABOZO

consecuencia de tratos inhumanos que le aplicó la policía —de «traumatismo interno», dicen las informaciones recibidas— ha muerto en Asunción, en medio de espantosos sufrimientos, el joven estudiante y entusiasta líder del movimiento obrero, Salomón Sirota. El hecho ocurrió el 5 de enero último. Sirota se hallaba detenido por «comunista» en un lóbrego calabozo de la policía del Presidente Ayala. Padeecía una grave dolencia pulmonar, que hacía absolutamente contraindicado el encierro en que le tuvieron y que terminó, en po-

ESTAN COMO UNA CABRA



JUAN.—¿Has visto?...Calvo Sotelo unido a Lerroux y a Gil Robles para las elecciones! PEDRO.—¡Pues más gracia va a tener Sánchez Román del brazo de comunistas y sindicalistas!

En medio de espantosos sufrimientos acaba de morir en un calabozo de Asunción, víctima de tratos inhumanos, un estudiante paraguayo.

esos días, como tenía que terminar necesariamente, produciéndole la muerte.

El hecho, por la extremada crueldad que revela en sus autores y por la simpatía que la víctima gozaba entre sus camaradas de aula y de lucha, provocó en todos los círculos sociales de Asunción, intensa indignación y pesar. Pero, la dictadura imperante impidió que estos sentimientos se tradujeran en actos públicos de protesta y prohibió a los diarios, bajo amenaza de clausura, que se ocuparan del asunto.

QUIEN ERA EL ESTUDIANTE MUERTO

SIROTA era un joven inteligente y dinámico. Aunque de precaria salud —tenía lesionados ambos pulmones y era asmático— abrazó, casi desde niño, con ese fervor propio de la mocedad, la causa de los explotados y oprimidos, desplegando a su servicio una gran actividad. Cuando estalló la guerra con Bolivia, se vió obligado, igual que muchos de sus compañeros de lucha, a abandonar el país.

En el destierro, se agravó considerablemente el mal que minaba su organismo. Los médicos de Montevideo, donde residía, le aconsejaron que regresara inmediatamente al Paraguay. Pero, ¿cómo volver? Estaba de por medio la orden de proscripción dictada contra él. Así pasaron uno, dos, tres largos años, hasta que dejaron de tronar los cañones en los campos del Chaco Boreal.

El pobre muchacho sintió entonces palpitar en su pecho, exangüe y desmirriado, una esperanza de vida. Creyó que se le abría el cielo. Estaba seguro

que en el Paraguay mejoraría y podría vivir aún muchos años. Pero, ahora lo único seguro en el Paraguay para un hombre libre es la cárcel, el destierro, la muerte...

REGRESO AL PAIS POR PRESCRIPCION MEDICA

CON esta esperanza —sagrada esperanza de los que se hallan heridos por la fatalidad de una dolencia incurable— el joven luchador de la causa proletaria volvió al Paraguay. Sirota no ignoraba que allá regía el mismo gobierno que lo había desterrado, pero lo que él no sabía —no tuvo tiempo de enterarse— era que en el Paraguay, a pesar de haberse restablecido la paz, a pesar de las declaraciones de legalismo del Presidente Ayala en los discursos pronunciados para la exportación, continuaba siendo hoy como antes de la guerra, delito tener ideas, amar la libertad, desear el retorno a la normalidad constitucional, solidarizarse con los que en el campo y en la ciudad, en los feudos de Casado y de la Industria Paraguaya, en los dominios de la International Product Company —que administra el propio Presidente Ayala— y en talleres y fábricas, sufren hambre, miseria y explotación, después de haber sufrido los horrores de una guerra absurda en defensa de intereses imperialistas.

Sirota ignoraba que el actual mandatario paraguayo, con el intento de amparar a los asesinos del 23 de octubre y de Fortín Coronel Martínez —donde fueron ametrallados centenares de campesinos paraguayos por el delito de reclamar su sueldo—, para asegurar la impunidad de los robos y negociados cometidos por sus parciales y amigos durante la guerra y reprimir el descontento popular, llegaría en la persecución a sus adversarios a extremos de indecencia y de inhumanidad, como los que, a poco de pisar tierra paraguaya, usarían con él.

CARCELEROS DESPIADADOS

EN efecto, no bien hubo desembarcado, le detuvieron y le encerraron en un calabozo de la policía asuncense, de donde ya no debía salir con vida.

Fué inútil que Sirota protestara contra esta arbitrariedad. El no había cometido ningún delito, y volvía al país sólo por razones de salud. ¡Por qué, pues, lo detenían? Verdad es que seguía firme en sus convicciones de militante del movimiento obrero. Pero, ¿desde cuándo se delinque con el pensamiento? Por toda respuesta, le aplicaron una serie de golpes que le produjeron graves lesiones internas. Querían arrancarle no sé qué confesiones vergonzosas. Pero, a pesar de la extrema postración orgánica en que se encontraba, a pesar de la persistente tos y de los ataques de asma que le ahogaba, a pesar de la fiebre que le consumía y de los atroces sufrimientos que experimentaba, Sirota resistió. No quería mentir. Prefería morir a declarar lo que le pedían a golpes de picana eléctrica. Le dieron un plazo.

Mientras tanto, la tos martillaba el pecho de Sirota y arrojaba, en cada acceso, pedazos de entrañas por la boca. Entonces, pidió que lo trasladaran a un lugar más higiénico, al hospital, a cualquier parte. Porque ninguna tortura le mar-

encerrado solo, día y noche, en una celda tirizaba tanto como esa de permanecer exigua, sin luz, sin aire, húmedo y pestilente.

SIETE AÑOS DE ESTADO DE SITIO

PERO, la súplica desesperada del pobre muchacho que se revolvaba en el suelo acogotado por la tos y por el asma, no logró conmover el corazón de sus crueles carceleros. Así trata el gobierno reaccionario y fascizante del Presidente Ayala, así ha tratado siempre la oligarquía dominante en el Paraguay a los que se rebelan contra las injusticias sociales y reclaman libertad y respeto a la ley. Y esto no es de ahora. Hace mucho tiempo, hace siete años que en la tierra guaraní no hay libertad de prensa, ni de pensamiento, ni de reunión. Hace siete años que no hay comicios libres, ni garantías de ninguna clase para la oposición. El pueblo no delibera ni influye para nada en la solución de las cuestiones que le afectan. A pesar de haber desaparecido las causas que le dieron origen, subsiste el estado de sitio, con la finalidad evidente de impedir que el pueblo intervenga en la solución del problema presidencial.

INQUISICION DEL PENSAMIENTO Y DE LAS BIBLIOTECAS

UNA ley, llamada de «defensa social» —y que fué dictada para amparar a los autores de una injustificable masacre de obreros y estudiantes frente al Palacio de Gobierno— contiene disposiciones que constituyen verdaderos atentados a la civilización y la cultura. Basta decir que por ella se instituye, como función de gobierno, la inquisición policial del pensamiento y de las bibliotecas privadas. Al amparo de esta ley inícuca, los agentes de la policía secreta allanan domicilios, secuestran libros, violan correspondencias, detienen a ciudadanos sospechosos de profesar ideas «contrarias al orden establecido», o como acaba de decir el presidente Ayala, «contrarias a la aspiración colectiva», de la que, al parecer, él se considera exclusivo intérprete y campeón.

Lo único que todavía no ha hecho el gobierno paraguayo son los autos de fe de los libros condenados, tal como lo hiciera el nazismo en Alemania con las obras de Marx y los escritores del socialismo revolucionario. Pero, a juzgar por las medidas que está tomando —de las que constituye una expresión sugestiva la reciente formación de un gran comité fascista integrado por dirigentes del partido gobernante y de algunos grupitos de la oposición regimentada— no está lejano el día de la realización de un espectáculo semejante en Asunción.

LO DEJARON MORIR

REANUDAMOS el relato. Inflexibles y duros de corazón, los carceleros de Sirota no le permitieron el traslado que éste les pidió reiteradamente. En tales condiciones, su muerte debía producirse fatalmente y a corto plazo. El joven líder la presintió, y se dispuso a morir con la energía de los mártires, casi con alegría. Pidió papel y tinta. Y para que la verdad de su cruel martirio no fuese falseada y el horror de este crimen pudiera algún día macular la frente de sus autores, en los intervalos de reposo que le permitían los

POGROM

(Viene de la página 2)

La señora cristiana que había salido, vuelve a entrar. La vecina de arriba, una cristiana también, ha pegado imágenes santas en las puertas y consiente en ocultar en su casa a los jóvenes y a los niños. Completamente tembloroso, el primero salta hacia la puerta: es el joven de la cama. Le siguen los niños y también algunas jóvenes. Mi madre me empuja: «anda con ellos». Permanezco inmóvil. Entonces ella hunde sus dedos en los cabellos y, sin gritar, se arranca mechones grises. Le retuerzo las manos sin pensar que le causo daño. Salgo. Subo la escalera de hierro, me acerco a la puerta sin golpear, vuelvo a bajar. Lentamente avanzo hacia la puerta pequeña, sin golpear; vuelvo a bajar. Lentamente entro en las letrinas: un viejo judío de barba blanca se aprieta contra la a la calle. Nadie; pero cerca de un bloque de casas vecinas, carros, campesinos. Han venido de las aldeas de los alrededores de la ciudad. Con tranquilidad y método cargan sobre sus vehículos armarios con espejos, pianos; con los faldones de los sacos quitan las manchas de sangre; minuciosamente colocan paja dentro de los objetos para preservar el barnizado. Lo hacen lentamente. Tienen tiempo.

Paso delante de ellos sin ser notado. Las calles están desiertas. Desde lejos llega el ruido de los tiros de un fusil. Busco por el suelo las cosas perdidas por los saqueadores: nada. Todo está hecho con propiedad. A cada tanto encuentro un perro en la esquina de una calle. No se mueve. Ya no sabe qué hacer: su amo ha muerto o ha huido. Esos perros ya no tienen amos.

Ni un objeto en la calle. Sí, una vez vi un sombrero hongo delante de un patio. En el sombrero hongo, había cabellos pegados a una masa viscosa. La puerta del patio estaba abierta. Y lo cubrían hombres y mujeres mutilados. Los habían asesinado lanzando sobre ellos granadas de mano.

Continué mi camino. Ya no tenía miedo. Encontré militares; no me prestaron ninguna atención. Yo me sentía indiferente; lazos de mis zapatos se habían deshecho, pero yo no los arreglé y, sin embargo, trababan mi marcha. Me detuve instintivamente delante de una casita habitada por unos amigos a quienes visitaba a menudo. Probablemente me detuve delante de ella porque oí lamentos; quizás porque tropecé con un montículo de muebles y otros objetos. Parecía que para vaciar a esa pequeña casa de su pobre contenido, alguien la hubiera dado vuelta como a un cajón de basuras. Y sobre ese montón había una criatura, una nena; la criatura estaba aplastada, achatada por algo pesado; algún hombre la había pisado con sus gruesas botas.

Tenía una marca de forma angular en su pobre cara aplastada. Una vieja cristiana apretaba sus manos, lloraba y se lamentaba delante de ese pequeño cadáver judío. Era una pobre de espíritu que trabajaba de sirvienta un poco en todas las casas del barrio. Era una pobre mujer humilde que no sabía leer ni escribir, para comprender lo que era la «raza», el «nacionalismo», etc. Es posible que hubiera acudido para buscar alguna cosa en el montón y había encontrado a la nena. Lloraba y contaba algo a la pequeña muerta; se retorcía las manos y callaba. Continué mi camino.

«Detente». Delante de un muro que bordea un gran jardín, estamos alineados algunos. Frente a nosotros un grupo de marineros y soldados que tiran. Tiran no importa cómo. No conozco a los judíos que caen, pero creo haber visto esas cabezas que no tienen nada de cruel y que tiran contra nosotros. No caigo, me doy cuenta claramente de ello. De golpe, como detrás mío, alguien cuchichea.

«Un yupin rico—Averbach». Y un dedo indica alguna parte, de lado. Mi interés consiste en no moverme. Pero salvo los muertos, todos han partido. Entonces, pasando por encima de un cadáver, también me voy.

Me siento más ligero. Ya no tengo esa sensación, —como hacía un rato—, de estar aplastado, apretado con fuerza por algo que debe fatalmente desgarrar mis nervios si no me resisto, si no conservo mi equilibrio, que resulta tan difícil de guardar. Hasta tengo hambre. Regreso al lugar donde se oculta mi madre.

Pero también allí todo ha cambiado. Se habla, se come: ha llegado la noticia que el pogrom está por terminar. Hasta se ha oído un cañonazo, señal del fin.

Súbitamente se oyen pasos precipitados en la escalera de hierro del exterior. Gentes que descienden corriendo. Luego se escucha pasos pesados, se oye estallar injurias, «yupin!», tiros de fusil. Lo mismo se oye en el patio y más suavemente fuera, en la calle. Han descubierto a los niños arriba, en la casa de la cristiana. Seguramente el muchacho que temblaba está muerto; se ven sus piernas estiradas en medio de la acera. ¿Y los otros? ¿Y los demás niños? Sus padres están aquí.

¿Tiene un límite la angustia? ¿Existe algo que el hombre no sea capaz de soportar? En cada uno reina ahora la lucha contra la desesperación, una potencia terrible que desgarrar y tortura las entrañas. Uno se siente prisionero en el cuerpo que molesta, que tiembla, que tiene miedo de sufrir. Y cada uno está aparte, cada uno está molesto, torturado por la presencia de los otros que sufren el mismo mal. ¿Dónde desaparecer? ¿dónde ocultarse?; los ojos buscan, lo recorren todo. evitan los demás ojos. Huir. Ocultarse. No oír nada. No ver.

La puerta se abre ruidosamente. La cerradura ha caído a mis pies. Entran los hombres armados, se les cede lugar, se retrocede, ya no hay donde retroceder.

El jefe de la banda sonríe. Pide dinero. «Todos los judíos tienen dinero». Nos amenazan con arrojar bombas sobre nosotros y eso será sumamente fácil: sólo hay una puerta. Con precipitación todos se desprenden de lo que llevan encima de algún valor: anillos, areos, relojes: otros se quitan los zapatos. Alguno de la banda lo exige. Mi madre y mi hermana quieren ocultar sus cuerpos magros. «Matadnos a todos juntos». Me adelanto y tiendo mi cartera vacía. Delante de los asesinos de carne y hueso, me siento más tranquilo. Les aseguro que mi cartera es de buen cuero. Mi madre camina hacia la puerta, se dirige a un hombre armado que da vuelta la cabeza, lo llama por su nombre, le suplica:

«Tú sabes que no somos ricos. Me conoces bien, sabes que han matado a mi hijo y a mi marido, que han quemado mi pequeña casa; sabes que la construimos con nuestras propias manos». Ella lo toma por la manga. El se desprende y da un paso hacia atrás. Mi madre lo sigue: «Sabes que sólo me quedan mi hijo y mi hija. Ten piedad, déjamelos. Sé bueno».

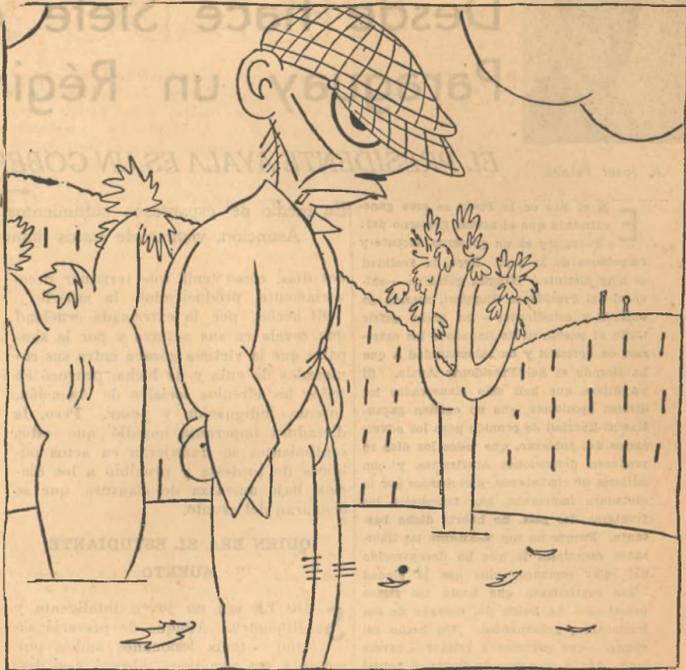
El miliciano levanta la mano libre (con la otra sostiene el fusil) para empujarla. Su rostro es magro. Sus ojos se pliegan, sus labios tiemblan; baja la mano, aprieta con la otra el fusil y grita: «Me das asco, vieja. Escucha bien, me das asco. Cállate, cállate, te digo». Y rechina los dientes.

Pero es atropellado por una mujer, que casi cae desde afuera. Alta, musculosa, con los cabellos deshechos tiende sus brazos desnudos por encima de las cabezas. Grita:

«Jefe, jefe, me has prometido salvar la vida de mi padre; quieren matar a mi padre, sávalo, te daré mucho dinero, mucho dinero, míralo». Y abre la ma-

RAZONAMIENTO

por BAGARIA



—Hay que ver lo comprometido que es atacar en la calle.

no y los billetes se desparraman por el suelo por encima de las gentes.

—Te daré todavía mucho dinero, ven rápido, vengan todos, vengan todos a mi casa. Y arrastra consigo a los marineros y al jefe. Se abrazan y casi alegre ella nos grita:

—Y ustedes también, vengan todos, vengan.

Y la siguen, se sigue a alguien, se sigue a la vida, al movimiento, se sigue quizá a la muerte, pero se prefiere seguir a la muerte, ir a su encuentro, antes que ser acosado por ella.

Pero el viejo padre ha logrado rescatar su vida. La otra banda ya partió. Los salvadores también parten.

Pero nosotros, los judíos, nosotros nos quedamos.

La joven trae de comer. Nadie tiene deseos de comer. Pero ella nos ordena «comer». Y se come. Se está contento obedeciendo. Se responde a sus preguntas. Ella se informa sobre todo. Parte en busca de los demás. Los demás, salvo las solteras, vienen. Les da de comer y los interroga. Poco a poco se traba una conversación y enseguida el mundo se divide en dos partes. Una permanece postrada, asombrada, no escucha ni dice nada, y la otra se hace locuaz. Pero los parlancheños no son muchos; la dueña de casa es una vieja muy menuda, completamente arrugada. Su cara, su ropa, sus manos están completamente arrugadas. Habla con rapidez. Los otros responden a las preguntas, pero no tratan de olvidar. Además, es imposible. Delante de la muerte que quizá aún está en la puerta, cada uno trata de olvidar con sus propios medios, y la única cosa que desea, es que se le deje completamente solo. La gruesa judía que acaba de perder a su hijo se balancea todo el tiempo, tiene los ojos cerrados y sus largas pestañas hacen una sombra negra; parece que durmiera. Pero cuando la dueña de casa, —para quien el medio más apropiado de olvidar es seguramente el moverse—, se le aproxima, ella se sobresalta. Esta espantada cuando la otra le pregunta algo sobre su hijo, y la vieja parlancheña responde por ella.

—Pero vaya a buscarlo, quizá esté sólo herido. Usted es la madre, nadie la tocará... Pero la mujer gruesa se apetonona en el sillón, se hunde en él, mueve la cabeza espantada, busca socorro con

los ojos como si quisieran arrancarla del sillón, expulsarla. Mueve la cabeza y murmura: «No, no...». Y su boca se distingue terriblemente, su cuello se pliega, sus ojos espantados se llenan de lágrimas. sus ojos de niño espantado. «No, no...»

Entonces la dueña de casa se dirige a otra habitación: algunos la siguen; con muchas precauciones abre un postigo. Sobre la acera, casi al extremo de la calle, el pobre muchacho está extendido. Está casi desnudo, lo han despojado de todo. Algún alma caritativa le ha cubierto hasta las rodillas con un saco viejo.

—Ya no hay nada que hacer, los perros ya rondan a su alrededor—, dice la dueña de casa sacándonos de la ventana.

Y de nuevo reina la terrible calma. Y un enigma persiste. ¿Ha terminado esto? Y de nuevo cada uno se encuentra con su mal, al que no se puede expulsar, que retorna siempre, como una angustiada espera al borde de un abismo, como un marero. Cada uno está sólo. Dos pequeñuelos se aprietan uno contra otro, olvidados. Sé que no son hermanos. Sus padres están aquí, esto también lo sé, pero durante horas no he podido adivinarlo. Estos dos pequeñuelos no se separan, no piden nada, no buscan a nadie. Sentados, se aprietan uno contra otro con los ojos muy abiertos. De pronto uno de ellos dice en voz alta:

«El cielo está completamente rojo».

Y desde su lugar indica con su dedo pequeño una estrecha abertura encima de una ventana. En efecto, el cielo está muy rojo. De pronto, esa distracción interesa a todos; se mira por todas las hendiduras, se abre con prudencia una ventana.

Más allá de la sombras de la casa, un incendio. Como el otro bloque de casas se presenta en sesgo, es fácil ver lo que pasa. El establo de la empresa de mudanzas de un judío es presa del fuego. El portón de madera forma un círculo de llamas. También arde el techo. Los caballos parados, de un negro verduzco, con los cuellos muy largos, se aprietan unos contra otros; no se mueven. Los militares, los que han buscado nuestra muerte, saltan el círculo de fuego a riesgo de perder la vida. Logran atrapar a los caballos por los bocados, pero ninguna fuerza puede hacer que los caballos franqueen la barrera de fuego.

ES UN DEBER INDUDABLE DEFENDER AL ESTADO SOVIETICO

Por LEON TROTZKY



JAQUEMOTTE, el triste dirigente de los stalinistas belgas, plantea a Walter Dange, uno de los dirigentes del ala izquierda del Partido Socialista belga, la cuestión siguiente: En caso de un ataque hitleriano contra la Unión Soviética, marchará o no marchará a la guerra? Esta manera de plantear la cuestión nos descubre, de un solo golpe, toda la simplicidad de pensamiento de un filisteo. ¿Qué significa aquí la palabra marchar? Si Bélgica marcha al lado de Francia contra Alemania —seguramente no por motivos democráticos ni por amistad hacia la U.R.S.S.—, sino por motivos puramente imperialistas— y si Dange, en esos momentos, útil para el servicio, se verá obligado a marchar. Pero también se verá obligado a marchar si Bélgica participa en una coalición militar antisoviética. Y si Bélgica permanece neutral—Dange, lo mismo que todos los demás, no podrá marchar a la guerra. El prudente Jaquemotte y sus compañeros de ideas en Francia, en Checoslovaquia y en todas partes olvidadas, sencillamente, que no es el proletariado oprimido, sino la burguesía opresora quien decide cuándo y con qué objeto debe marchar el ejército imperialista.

Vaillant-Couturier, que siempre está dispuesto a todo, quiere someter esta «pequeña» dificultad emitiendo la tesis siguiente: «Nosotros somos un partido realista, un partido de gobierno». No somos anarquistas, es verdad; pero por lo general tenemos la costumbre de distinguir entre un gobierno imperialista y un gobierno proletario. Para convertirnos en un partido de gobierno es preciso que derribemos la clase dominante por medio de la insurrección revolucionaria y que creamos nuestro propio ejército: el Ejército Rojo. Únicamente entonces será cuando podamos decir si amarchamos y en qué dirección. Los señores estéticos (si se les puede llamar así) stalinistas somlayan cada vez más la cuestión principal, la cuestión de la conquista del Poder. Y con el pretexto de defender a la U.R.S.S., igualan al proletariado con su enemigo mortal, la burguesía nacional. Es la traición en su aspecto más completo.

«Pero si proseguimos la lucha de clases en Francia, en Bélgica, en Checoslovaquia, etc. ... replican los stalinistas y los que les hacen caso, debilitamos inevitablemente a la aliada de la Unión Soviética y por esa razón a la Unión Soviética misma. Que lo queramos o no, eso aumenta la fuerza de Hitler. No sabemos cómo llegará, ni cuándo llevará, la lucha de clases a la toma del Poder. En todo caso, Hitler podrá de aquí a entonces ganar la guerra, hacerse el amo de Europa y así impedir, si no aniquilar, nuestra lucha ulterior (en Francia, en Bélgica, en Checoslovaquia, etc. ...). Nuestra pretendida lucha de clases hará, pues, de nosotros unos auténticos auxiliares de Hitler».

Esta argumentación, que quiere ser tan lógica, no es otra cosa que la repetición de lo que los imperialistas y los social-patriotas (es decir, los socialimperialistas) han opuesto siempre e invariablemente a sus adversarios revolucionarios: Liebknecht era un auxiliar del zar; Lenin, un agente de los Hohenzollern, y así con todos.

En aquella época no había aún Unión Soviética, nos objetarán. Exacto. Eso prueba, únicamente, que la ideología social-patriótica estaba ya dispuesta antes de la Revolución de octubre y que los mayores acontecimientos históricos no han cambiado nada la simplicidad de filisteos de los social-patriotas.

Los social-demócratas alemanes—no solamente los granujas pagados, sino también ciertos hanrados obreros medios—decían durante la guerra: si el zar resulta victorioso sus cosacos disolverán nuestros partidos y nuestros Sindicatos, saquearán y destruirán nuestros periódicos y nuestras Casas del Pueblo. El obrero francés medio, a su vez, escuchaba con confianza los llamamientos de los Renaudel, de los Cachin, etc. ... , pidiéndole que protegiera a la República y la democracia de la amenaza de los Hohenzollern y de sus junkers. El Estado Soviético, por su parte, no ha caído del cielo. No se ha realizado más que gracias a la acción de la vanguardia del proletariado. Si se quiere defender al Estado Soviético y defenderlo con razón, es preciso defender las organizaciones obreras de los países capitalistas. Estas dos tareas son del mismo orden político o, por lo menos, están estrechamente ligadas. Tenemos el indudable deber de defender al Estado Soviético «tal como es» (no tenemos nada de común con las teorías de Doriot, de Troint, etc.), lo mismo que debemos defender contra el fascismo y contra la dictadura militarista «todas» organizaciones obreras, aun a aquella que tenga al frente a los peores reformistas. Todo el problema es: ¿Cómo? ¿Por qué medios?

Los marxistas dicen: únicamente con los medios de que nosotros disponemos, que podemos emplear conscientemente, es decir, con los medios de la lucha de clases revolucionaria en todas las naciones beligerantes. Cualesquiera que puedan ser las peripecias de la guerra, en última instancia logrará de todos modos la lucha de clases madurar los mejores resultados para el proletariado. Eso se refiere lo mismo a la defensa de las organizaciones obreras y de las instituciones democráticas de los países capitalistas que a la defensa de la Unión Soviética. Nuestros métodos siguen siendo, en el fondo, los mismos: en ningún caso y bajo ningún pretexto podemos traspasar nuestras obligaciones revolucionarias a nuestra burguesía nacional.

«Todo eso, responderá el prudente filisteo, puede muy bien ser justo «teóricamente». Pero ¿quién puede negar que la lucha de clases revolucionaria en Francia fortalecerá las posiciones de Hitler y aumentará igualmente tanto la posibilidad de una guerra como las posibilidades de éxito de Hitler en semejante guerra? Alemania fascista es el principal peligro para la Unión Soviética. Y el aplastamiento de la Unión Soviética paralizará durante varios años el desarrollo de la Revolución mundial.»

Esta argumentación —también una repetición de los argumentos de Scheidemann, Wels, Vandervelde, De Man, Cachin y consortes— es falsa de un extremo a otro. Cae convertida en polvo al primer contacto con la crítica marxista.

El fascismo no es otra cosa que la idea de la comunidad de clases elevada a su más alta potencia y transformada en mística. Si los obreros franceses, belgas y checos se unen a su burguesía impulsarán inevitablemente a los obreros alemanes a agruparse alrededor de los nazis. El social-patriotismo no puede dar otro resultado que llevar el agua al molino del fascismo. Para debilitar a Hitler hay que entender la lucha de clases. Un poderoso movimiento proletario en un país cualquiera de Europa contribuirá incomparablemente más a paralizar el militarismo racista que todas las alianzas posibles de los imperialistas entre sí o hasta con la Unión Soviética. Pues toda alianza que esté dirigida contra la Alemania fascista proporciona, por un parte, nuevo alimento al racismo e impulsa, por otra parte, hacia su lado a los Estados imperialistas, pues

ellos no se preocupan por la democracia ni por la Unión Soviética, sino or el famoso equilibrio (Polonia, Japón, Inglaterra, etc.) Si el proletariado de los Estados aliados a la Unión ovietica (¿por cuánto tiempo?) debe sostener a su burguesía durante la guerra, debe empezar por seguir esta política ya en tiempo de paz. Pues antes que impedir la victoria de Hitler hay que tratar de impedir que estalle la guerra. Sería preciso, pues, apoyar en tiempo de paz a los imperialismos enemigos de la Alemania fascista, a fin de influir a tiempo sobre la relación de fuerzas en perjuicio de Hitler. Pero esto significa, ni más ni menos, el abandono total de la lucha de clases. También fué ese el objetivo de la famosa declaración de Stalin. Aprueba, aun ahora, en tiempos de paz, los crímenes militaristas de la burguesía francesa igual, naturalmente, que los de la burguesía belga y checoslovaca. ¿Cómo podrá ser de otra forma?

Si no queremos debilitar con la lucha de clases al imperialismo aliado a la Unión Soviética, quiere decir que queremos reforzarla anclándolo en la confianza popular. Pero, ¿qué haremos si el militarismo francés, belga y checo, fortificado por su propio proletariado, realiza durante la misma guerra una conversión completamente posible contra la Unión Soviética? Consolarse con el supuesto de que entonces no opondremos a él violentamente, sería una locura. Las grandes masas populares no se vuelven tan fácilmente. No se puede, a capricho, hacerse entregar el Poder en el que hemos colaborado a fortalecer el militarismo. Quedaría demostrado en ese caso que en el fondo habíamos contribuido al derrumbamiento de la Unión Soviética, no sólo pasiva, sino activamente.

Al estar dispuestos a votar por el ejército imperialista si fuese «espurgado» de elementos fascistas, los stalinistas franceses demuestran que para ellos, exactamente como para Blum, se trata, no de la defensa de la Unión Soviética, sino de la «democracia» francesa. So han señalado ahora un objetivo elevado: implantar la democracia pura en el Estado Mayor del ejército versallés (versallés tanto en el sentido de la Comuna como en el sentido de la paz de Versalles). ¿De qué manera? Por medio del Gobierno Daladier. «Los Soviets en todas partes!» «Daladier en el Poder!» Pero, ¿por qué el gran demócrata Daladier, que fué ministro de la Guerra durante dos años (1932-34) no se ocupó de limpiar el ejército de fascistas, bonapartistas y realistas? ¿No será, quizá, porque el propio Daladier no se había purificado en el maravilloso manantial del «frente popular»? Que L'Humanité, con la seriedad y la honradez que le son peculiares, nos resuelva este enigma. Y que responda al mismo tiempo a la pregunta: ¿Por qué el Partido Radical es el más miserable, el más cobarde, el más servil de todos los partidos del capital financiero? Basta que los señores De Wendel, Schneider, Rostchild, Mercier y compañía golpeen el suelo con el pie, para que los radicales se opongan siempre de rodillas: primero Herriot y un poco después, también Daladier.

Lleguemos a admitir que un Gobierno de Frente Popular consiga ahora, como demostración (es decir, para engañar a las masas), alejar del Ejército a algunos reaccionarios de segundo plano y disolver (sobre el papel) algunas ligas de bandidos. ¿Qué cambiaría eso? El Ejército seguirá siendo antes lo mismo que después, el más importante instrumento del imperialismo. El Estado Mayor del Ejército será siempre el Estado Mayor de la conjuración militar contra los trabajadores. Durante la gue-

rra tendrán preponderancia en los cuerpos de oficiales los elementos más reaccionarios, más decididos y más feroces. El ejemplo de Italia y de Alemania demuestra que la guerra imperialista es para los oficiales la escuela superior del fascismo.

¿Y qué decir de esas naciones de las que aún no se conoce la posición que adoptarán en la guerra: «en favor» o «en contra» de la U.R.S.S.? Así, desde hoy mismo, los laboristas y los tradeunionistas paralizan la lucha contra su propio imperialismo demostrando que la Gran Bretaña deberá «tal vez» defender a la U.R.S.S. Esos descuidados políticos invocan naturalmente a Stalin, no sólo con éxito, sino hasta con razón. Si los stalinistas franceses prometen públicamente «controlar» la política exterior de su imperialismo, los laboristas ingleses pueden perfectamente invocar el mismo pretexto. Y ¿qué debe hacer el proletariado polaco cuya burguesía está ligada a Francia por una «alianza» y a Hitler por la amistad?

Cualquiera puede ser el pretexto, pero la «Unión sagrada» significa un servilismo cada vez más bajo de los socialistas respecto de su imperialismo y, sobre todo, cuando realiza la obra más sangrienta y más horrible. Los jefes social-demócratas salieron de la escuela de la «Unión sagrada» totalmente aplastados, aniquilados políticamente, sin fe ni valor, sin honor y sin conciencia. Los obreros de Alemania conquistaron el Poder, después de la guerra; pero los jefes social-demócratas entregaron este Poder a los generales y a los capitalistas. Si los jefes del proletariado francés no se hubiesen convertido al terminar la guerra en miserables inválidos políticos, Francia sería hoy una nación socialista. La «Unión sagrada» de 1914-18 salvó al capitalismo corrompido para unos decenas de años y condenó a los pueblos a sacrificios y privaciones inauditas. La «Unión sagrada» de 1914-18, en interés de «su propia nación», preparó la nueva guerra imperialista que amenaza producir el total exterminio de los pueblos. Cualesquiera que sean los engaños con que los social-patriotas, preparan la nueva «Unión sagrada» («Defensa nacional», «defensa de la U.R.S.S.»), el resultado de la nueva traición será el derrumbamiento de la civilización moderna.

La burocracia soviética, naturalmente, quiere defender el Estado soviético y también construir el Socialismo; pero quiere hacerlo a su manera, que está en la más aguda contradicción con la del proletariado internacional y, por la misma razón, también del proletariado ruso. Ve únicamente las dificultades, los obstáculos, los peligros, pero no ve las grandiosas posibilidades. Y los miserables empleados de Stalin en Francia, en Bélgica, en Checoslovaquia, en el mundo entero, no tienen la menor confianza en sí mismos ni en su propio partido. No se sienten de ninguna manera —y con razón— jefes de masas en rebeldía, sino únicamente agentes de la diplomacia soviética delante de esas masas. Subsisten y caerán con esa diplomacia.

La burocracia de la Internacional Comunista es orgánicamente incapaz de oponerse a la ola patriótica de la burguesía durante la guerra. Esa es la razón de que todos esos hombres, los Cachin, los Jaquemotte, los Goffmaid, se agarren a todo pretexto posible que pueda ocultar su capitulación ante la multitud desencadenada de «la opinión pública» patriótica. Un pretexto de esa categoría —no una razón, sino únicamente un pretexto— es para ellos la «defensa de la Unión Soviética».

Con la imprudencia que los caracteriza estas gentes pasan inmediatamente al ataque contra los internacionalistas revolucionarios y nos acusan de apoyar a Hitler. Se olvidan de que Hitler no puede ser derribado más que por el proletariado alemán, que, desde luego, está actualmente debilitado, dividido, anonadado por toda la magnitud del crimen de la social-democracia y de la Internacional Comunista. Pero se levantará. Darle ánimos y ayudarle a plantarse sobre sus piernas únicamente puede hacerlo el desarrollo de la lucha revolucionaria en la escala internacional, sobre todo en Francia. Cada declaración patriótica de Blum, de Zyronski, de Thorez, etc., es un nuevo refuerzo para la teoría de las razas (nacionalismo) y fortalece, en última instancia, a Hitler. Por el contrario, la política marxista, bolchevique, implacable, del proletariado mundial —tanto en la paz como en la guerra— dará al racismo un golpe mortal, pues

(Sigue en la página 14)



OBRREROS VOLVIENDO AL HOGAR

por OTO ZECO

CONTRA LA VIOLENCIA



Candidatos del Socialismo

A Diputado

- Nicolás Repetto
- Jacinto Oddone
- Enrique Dickmann
- José Luis Pena
- Américo Ghioldi
- Silvio L. Ruggieri
- Juan A. Solari
- Adolfo Dickmann
- Rómulo Bogliolo
- Alberto Iribarne
- Miguel Briuolo

A Concejal

- Héctor Iñigo Carrera
- Adolfo Rubinstein
- Arturo L. Ravina
- Fortunato Zabala Vicondo
- Vicente Russomano
- Julio B. Berra
- José Bogliolo
- Isidoro Ayala
- Pedro Gonzalez Porcel
- Enrique Coira
- Alberto I. Murphy
- Felipe Gauna
- Juan A. Erneta
- Luis B. Sampedgrini
- Vicente Lamesa
- Julio A. Cruciani
- Armando C. Perazzoli

EL PROBLEMA

54 Familias Poseen de tierra, valuadas en

CONFERENCIA DE

Es indudable que para el progreso social argentino, el problema de la tierra es el de más urgente solución. Bastará para convencerse, que las personas que me escuchan recuerden una vez más que vivimos en un país de casi tres millones de kilómetros cuadrados de superficie, habitado tan sólo por unos doce millones de seres humanos, lo que da la insignificancia de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado. Y es asignándole toda la importancia que tiene, que el Partido Socialista viene ocupándose de él desde hace cuarenta años, explicándolo a la población a fin de que lo conozca en todos sus detalles y contribuya con su voto a ponerle término de una vez.

Pero veamos cómo se presenta en la república el problema de la tierra, y veamos enseguida cuál es su solución, pues si yo en esta oportunidad me limitara a denunciar el mal sin probar su existencia y sin proponer la forma de curarlo, no haría más que repetir las frases que se vienen pronunciando y escribiendo desde hace muchos años, sin llegar nunca a ninguna solución.

Dada la brevedad del tiempo de que dispongo, tendré que limitar mi exposición a la referencia de una sola provincia argentina, de la que se poseen datos más concretos; y el lector podrá extender el concepto a todo el país, en la seguridad de que el mal es el mismo en todas partes.

Una búsqueda hecha personalmente en la «Guía de contribuyentes de la provincia» en vigor en estos momentos, permite afirmar que solamente en este estado argentino el mal del latifundio es tan grave, que existen 1045 propiedades con una superficie mayor de 5000 hectáreas, habiendo entre ellas alguna que llega a 20.000, y la reunión de todas las propiedades pertenecientes a un solo dueño permite formar un cuadro compuesto por las cincuenta familias que poseen mayor superficie de tierra en la provincia; además de las propiedades urbanas.

La familia de Alzaga Unzué, posee 411.938 hectáreas; Anchiorena, 382.870; Luro, 232.336; Pereyra Iraola, 191.218; Pradere, 187.034; Guerrero, 182.449; Leloir, 181.036; Gracirena, 165.887; Santamarina, 158.684; Duggan, 129.041; Pereda, 122.205; Duhal, 113.334; Herrera Vegas, 109.578; Zuberbuhler, 105.849; Martínez de Hoz, 101.259; Estrugamon, 99.590; Díaz Vélez, 97.598; Casares, 94.897; Atucha, 83.914; Drysdale, 77.500; Cobo, 77.500; Bosch, 76.028; Drabble, 74.417; Bunge, 75.797; Pueyrredón, 70.662; Ortiz Basualdo, 69.506; Mulhail, 63.457; Pourtalé, 60.726; Llaudé, 59.959; Snavedra, 53.500; Deferrari, 52.013; Crotto, 51.141; Stegman, 42.842; Perkins, 40.245; Otamendi, 40.159; Maguirre, 38.893; López Lecube, 38.513; Taillade, 38.451; Apellániz, 38.381; Lastra, 37.435; Alvear, 36.692; Tornquist, 36.419; Lyne Stevens, 36.074; Fernández, 35.403; Roeth, 34.000; Hale, 32.389; Durañona, 32.281; Parravicini, 31.991.

En conjunto, estas cincuenta familias poseen 4.663.575 hectáreas de tierra, valuadas a los fines del pago de la contribución en mil millones de pesos.

Y ahora preguntará el lector: ¿Cómo han podido formarse tantos vastos latifundios? ¿Cómo tanta tierra de la provincia ha podido caer en un número tan reducido de manos?

Satisfar enseguida la legítima curiosidad del lector diciendo: El latifundio en la provincia tiene tres orígenes: la ley de enfiteusis, la guerra al indio y las leyes de colonización.

Me referiré separadamente a cada uno de ellos. Cuando apremiado por las necesidades públicas, el genio nunca bastante recordado de Bernardino Rivadavia presentó su sistema o enfiteusis, que proporcionaría al Estado los recursos de que carecía, entregó con fines de labranza vastas extensiones de tierra, estando su pensamiento muy lejos de sospechar que gente aprovechada descubriría de inmediato alguna falla en la ley de enfiteusis, por donde beneficiarse especulando a costa del Estado, de la buena fe del gobierno y a espaldas del patriótico propósito del talentoso autor de la ley.

La ley de enfiteusis, cuyo mecanismo era una maravilla de legislación agraria, que habría permitido a este país un desarrollo y un progreso que no habría alcanzado ningún otro, adolecía de una falla fundamental, en la que no reparó su autor en su honrado propósito de hacer bien al país, pero que los «vivos», que también los había entonces, descubrieron y aprovecharon de inmediato.

La ley no fijaba la superficie máxima de tierra que el Estado debía entregar a cada solicitante y esta circunstancia permitió a los aprovechados obtener leguas y leguas no con el fin de trabajarlas, sino para subarrendarlas haciendo un espléndido negocio, con el agregado de que ni siquiera pagaron el canon fijado por la ley. Cuando el gobierno se dió cuenta de la falla, ya era tarde; media provincia había sido acaparada por quinientas personas.

Llegado Rosas al gobierno y debiéndose renovar en el año 1836 los contratos enfiteúticos, el tirano que era enemigo de la ley, resolvió no renovarlos y en dos decretos resolvió vender, primeramente, mil quinientas leguas cuadradas de tierra y enseguida toda la demás dada en enfiteusis por Rivadavia.

El precio a que la vendió fué de verdadero desastre; cinco mil pesos la legua, la mejor, que reducido a oro resultan seis-

DEL LATIFUNDIO

4.663.575 hectáreas mil millones de pesos

JACINTO ODDONE

cientos cincuenta pesos oro la legua (pues el peso papel valía entonces trece centavos oro), o sea 26 centavos la hectárea.

¿Sabe el lector quiénes fueron los compradores? Los propios enfiteutas; las propias personas que habiendo descubierto la falla de la ley, habían acaparado la tierra en superficies inmensas, de las que luego fueron propietarios.

Rosas, enemigo de la ley de Rivadavia, la destruyó mediante el decreto de venta de la tierra pública; los especuladores, pasando a propietarios, formaban el primer grupo de terratenientes del país.

Constituyó el segundo grupo de terratenientes, la política de manos abiertas de los gobiernos pasados, desde Rosas, que donaron más de mil leguas de tierra, como premios a los militares que participaron en la guerra contra el indio y a muchos civiles, o que simplemente defendieron la tiranía de Rosas.

También fué Rosas quien inició el derroche de la tierra pública en la forma de premios, repartiéndola en primer término entre sus partidarios que ahogaron en sangre la revolución del Sud, donde encontraron la muerte, entre otros, Crámer y doa Pedro Castelli, hijo del prócer de la independencia nacional, cuyas cabezas permanecieron muchos días clavadas en una pica en la plaza de Dolores para esparcimiento de los unitarios.

Le siguieron los demás gobiernos premiando a los militares de toda graduación a medida que arrojaban al indio hacia el interior.

Y, también aquí, la especulación jugó un importante papel en la tarea de acaparar la tierra. Como las donaciones las hacía el gobierno entregando a los premiados bonos o vales que representaban las superficies donadas, que iban desde un cuarto de legua a seis leguas por cada donación, los especuladores adquirieron por pocos centavos los vales de los soldados, los de cuarto de legua, redondeando de este modo superficies enormes, que luego ubicaron donde creyeron conveniente.

Y formó, por fin, el tercer grupo de terratenientes, la política de colonización iniciada por los gobiernos posteriores a Caseros. Como se sabe, la primera ley de colonización fué sancionada en el año 1857. Aprovechando su liberalidad, hombres que nunca tuvieron el propósito de colonizar, guiados tan sólo por el afán de especular y enriquecerse, arrendaron desde esa primera ley sendas leguas de tierra, que subarrendaron, haciendo ellos también un buen negocio, pero sin colonizarlas jamás. Jamás cumplieron con las disposiciones de la ley, que imponía algunos gastos, entre los cuales la de traer a su costa colonos y entregarles parte de la tierra. (Tal vez haya alguna excepción).

A los diez años de sancionada la ley, y cuando había que renovar los contratos de arrendamiento, el gobierno, lo mismo que en el caso de Rosas, no hizo la renovación, puso en venta la tierra arrendada y obligó a los arrendatarios a adquirirla, so pena de perder los derechos a la ocupación.

¿Saben los que me escuchan quiénes fueron los compradores? Los propios arrendatarios, igual que en el caso de los enfiteutas.

Los precios pagados también fueron de remate. La tierra mejor situada, la tierra flor, fué pagada a razón de diez y seis mil pesos oro la legua, o sea seis pesos oro la hectárea; la más interior, en Tapalqué, 9 de Julio, Saladillo, etc., a razón de cuatro mil pesos oro la legua, o sea un peso cincuenta la hectárea. El importe del arrendamiento, que no habían pagado (tal vez haya alguna excepción) y el del subarriendo que habían percibido, les cubrió con creces el precio pagado.

Si los que me escuchan tuvieran a su vista, como yo tengo, la lista de los grandes propietarios territoriales, verían cómo casi todos ellos son descendientes ya directos, ya de segunda o tercera generación, de los enfiteutas de Rivadavia, de los militares de Rosas y de la guerra al indio, o de los arrendatarios de la ley de 1857.

Y ahora, generalizando nuevamente el asunto: ¿Cuál es la solución para este tan grave problema social que mantiene estancado el progreso del país?

La subdivisión del latifundio, ya sea mediante la aplicación de fuertes impuestos que obliguen a sus propietarios a enajenarlos en pequeñas fracciones o ya sea expropiándolos por el Estado sobre la base de la valuación fiscal —una vez que se haya establecido su valor real— y entregándolos en venta a los agricultores en fracciones convenientes para establecer en ellas millares de granjas, atendidas por cada familia, en un procedimiento de labor agrícola más rendidor y más conveniente para el colono y para el país. El Estado contribuiría, además, a la instalación de las granjas y a los primeros gastos del colono.

He aquí todo un programa de gobierno, que el Partido Socialista auspicia y propaga para que sea cuanto antes convertido en realidad. Su aplicación produciría en el campo argentino una completa y profunda transformación; una verdadera revolución agraria. Millares de familias, argentinas o extranjeras, seguras de su estabilidad, de su trabajo y de su porvenir, se instalarían en las tierras así subdivididas, y el país, este inmenso desierto, cambiaría rápidamente de aspecto, convirtiéndose a la vuelta de pocos años, en un emporio de progreso y de riqueza.

CONTRA LOS MONOPOLIOS



Plataforma Electoral del P. S.

EN su plataforma electoral el Partido Socialista puntualiza sus reclamos en materia económica y social. He aquí las cuestiones que considera importantes y urgentes:

3. Ampliación de los beneficios de la ley sobre accidentes del trabajo para todos los que trabajen, incluso para los empleados de comercio y bancarios.

4. Vacaciones pagas para obreros y empleados.

5. Idoneidad, estabilidad y escalafón de los empleados y trabajadores del Estado.

6. Representación de las organizaciones gremiales de trabajadores y cooperativas populares en las instituciones oficiales de crédito.

REGIMEN FISCAL

1. Prohibición de gravar con impuestos los alimentos, el vestido y la habitación.

2. Supresión del impuesto a las ventas.

3. Reducción del impuesto a las rentas del trabajo y del comercio y supresión total para las que no excedan de trescientos pesos mensuales.

4. Reducción gradual de los impuestos de aduana para abaratar los consumos del pueblo.

5. Impuesto progresivo al valor del suelo, excluidas las mejoras. Impuestos al mayor valor y al asentismo.

6. Aumento de la tasa progresiva en el impuesto a las herencias.

CUESTIONES ECONOMICAS

1. Nacionalización del petróleo e intensificación al máximo de los trabajos de exploración y explotación por el Estado.

2. Control de los bancos y de las compañías de seguros en defensa del haber de los depositantes y del derecho de los asegurados; control sobre la inversión dada a los préstamos y a las primas.

3. Crédito bancario fácil y barato para las actividades del comercio y de la industria aplicadas a fines socialmente útiles y necesarios.

4. Cumplimiento de la ley represiva de las maniobras y especulaciones de los truts.

POLITICA OBRERA

1. Defensa del sueldo y del salario mínimo para los empleados y obreros del Estado.

2. Aplicación estricta de las leyes obreras, y especialmente las de jornada máxima de 8 horas y de descanso dominical.

Hacia una Poesía Proletaria

Ya nuestro colaborador Lázaro Liacho se ocupó de la obra de Portogalo. Ahora J. J. Cabodi vuelve a hacerlo aquí, aunque con criterio distinto. Consideramos útil insistir en la crítica a "Tumulto", pues la aparición de los poemas que integran el libro significa que un obrero con conciencia de clase adquiere por primera vez en la Argentina categoría de artista. La poesía de Portogalo debe ser discutida, pues, porque anuncia en nuestro país un fenómeno literario nuevo. A pesar de algunas notas falsas y de ciertos conceptos equivocados que ambos críticos hallan en el poeta-obrero, nadie que se interese de verdad por nuestra literatura puede ignorarlo o silenciarlo.

CUANDO Portogalo anunció a fines de 1933 su libro «Tregua» se lo aguardaba con la esperanza de que al fin se podría saludar al primer poeta proletario de nuestro país. Pero «Tregua» no nos dio a ese poeta. Trajeron, al contrario, una impresión penosa. ¡Eso era todo lo que un proletario sentía necesidad de cantar en 1933? Crisis, reacción, fascismo, la guerra del Chaco, toda la apasionante realidad era orillada por el poeta. Su voz era una voz que no tenía ubicación en el tiempo; desdeñaba el caledioscópico paisaje de los días actuales, pero sin calar tampoco en la profundidad del hombre. Apegado a un anquilosado objetivismo entreteníase en describir las vidas humildes de los trabajadores y la dominguera comunión con la naturaleza del poeta despreocupado de las luchas cuya existencia se esforzaba por ignorar.

«Tregua» no señalaba, como podía suponerse, el rumbo definitivo que Portogalo debía seguir. Era, por el contrario, el final de una etapa, el resumen de una manera de ser y encarar la vida. Portogalo hacía el inventario de sus años y decía: «Veinte y nueve años. Total: nada digno de relatar; sumisa anduvo mi voz ante el viento. No fué nada, ¡pero fué mía!»

A pesar de la satisfacción con que se ufana de que su vida haya sido suya, este triste balance de una existencia vacía de hechos memorables, y ese reconocimiento de la mansedumbre de su voz, lo coloca frente a su obra en actitud crítica. De allí a negarla, sólo había un paso. Con «Tumulto» Portogalo nos testimonia que ese paso ha sido dado.

Tres sentimientos caracterizan la obra del Portogalo de «Tregua»: ternura, humildad e indiferencia. Ternura para todos los hombres. Humildad ante los poderosos. Indiferencia ante las luchas del proletariado.

La vida, esa vida que después Portogalo debía relatarlos en «Tumulto» como una pesadilla de horror, aparece en «Tregua» con muy otros colores:

«Entramos en el alba como en un canto, alegres. Ya no hay padecimientos, ni rencores, ni luchas, porque aquí, frente al cielo, que es musgo en las la vida no es invierno, ni es angustia.» [palabras

La contemplación de la naturaleza obra en Portogalo como un poderoso contraveneno para su rebeldía; y así, en vez de estallar en una fuerte protesta por que su goce les está vedado a los proletarios, adelgaza su voz y, dice:

«Hermanos míos, todos los rencores se amuran, prevalece tan sólo refloréncia en cantos, como una intransitada demora, la ternura.»

Esta ternura suya que se extasia ante la tranquila belleza de la naturaleza quisiera verla compartida por sus camaradas. En «El tema del alba en la primavera» los incita a que cesen en sus luchas y a que dejen «las amarguras y el sórdido refugio de los rencores» (pág. 37).

Su ternura lo aparta de toda rebeldía. El Portogalo de «Tregua» cree en esa castradora virtud cristiana de la humildad. En «Unión de humildad» se refiere, ante todo, a su actitud para sus camaradas, cuando dice:

«Para partir el pan con el más pobre hice de mi humildad puente de acceso.»

pero su humildad lo transforma en un ser sumiso:

«Fuí para el viento lágrima de nube dócil a la impiedad de sus pilotos.»

Humildad frente a sus explotadores. Humildad ante el estado que lo oprime. Esta humil-

dad lo lleva a renunciar a toda vinculación con la lucha de sus camaradas. Es extraño a los afanes del proletariado. Vive otro mundo. Es, en verdad, un trabajador, un jornalero, pero ha sido ganado por la ideología pequeña burguesa. Cree aún en la transitoriedad de su miseria. Los sueños de esa época, como «confesará después en «Tumulto», eran «la mesa servida, la casa propia, la mujer fiel». Con estas aspiraciones, imposible de enrolarse en las filas del proletariado revolucionario, en busca de la propia liberación a través de la de su clase.

Indiferente a las luchas de sus camaradas, acosado por la miseria que no le da tregua, vive en una soledad que martiriza su espíritu, contemplando la vacuidad de los días que se suceden sin que le traigan un cambio. En el último poema de «Tregua», «Esquemización de una ausencia», Portogalo repasa su vida, y afirma con acento amargo:

«Y no fuí nada y nada soy más que un pingajo absurdo que da grima.»

«De tanta ternura, de tanta humildad, de tanta indiferencia, qué obtuvo?

«Tuve mi cielo obscuro, sin lunas, y también mi campo, invalidado por las sombras, y obtuve en premio a tal paciencia de Job, sólo una nube y una pata de gallo repartida en mi sien.»

Y en la estrofa que cierra el libro, Portogalo define su vida:

«Y vivo en esta ausencia que bifurcó mi senda inútil, como un trompo que ha quedado sin danza, procurando tan sólo proveerme la pitanza ¡y que nadie me entienda! ¡y que nadie me entienda!»

Ese grito final, que es a la vez desafío del poeta que se agozaba en su soledad y dolorosa queja porque su voz no encuentra eco en el corazón de los hombres, es el nudo en que se encuentran el Portogalo que termina con «Tregua», el del «Verso inútil» (pág. 16) y el Portogalo que nacerá con «Tumulto» con «Una voz amarga» (pág. 13).

Si la trinidad Ternura-Humildad-Indiferencia ha sido la inspiradora de «Tregua», el nuevo libro de Portogalo está forjado con otro espíritu. Poco más de un año los separa, periodo corto pero que trastrueca totalmente su posición ante la vida: Su antigua ternura se ha transformado en virilidad, su humildad ha dejado lugar a la más sana de las rebeldías y su indiferencia está suplantada por la solidaridad proletaria.

«Tumulto» es la palabra de un proletario que ha tomado conciencia de su condición social. No canta ya con la voz de antes: su idioma ha adquirido sexo:

«No es el viejo lamento, la palabra humillada. Es la selva que asalta gritando sus deseos Es la copa del árbol con sus frutos maduros.»

Se planta ante la vida con actitud viril, abre bien los ojos a la miseria y a la injusticia, y siente como nace en él un nuevo hombre:

«Hoy me arranqué la piel de cordero de mi humildad y en mí nace un hombre que vosotros no conocéis. Un hombre que estaba adherido a la piel de cordero [de mi humildad].»

La vieja humildad está vencida. Y el que se inclinaba sumiso ante la injusticia, el que aguantaba con paciencia de Job la explotación y la opresión, siente en su pulso una sangre nueva. Es una santa rebeldía. Ella se desata implacable. Y el recuerdo de la vida pasada, el recuerdo de su mansedumbre es un incentivo que enciende su ánimo. No sólo quiere cantar la gesta proletaria. También quiere vivirla. Portogalo quisiera demostrar su fervor revolucionario en acciones arriesgadas:

«Y pienso que alguna vez he de empuñar un fusil [para embobecerte y cumplir la venganza del siglo junto a mis camaradas, cuando dice:

«Para partir el pan con el más pobre hice de mi humildad puente de acceso.»

«Quisiera tener una bomba, un fusil, una ametralladora.» (pág. 31)

Y ante el espectáculo de su ciudad, que no se agita, que no reclama el heroísmo del poeta, Portogalo se desespera:

«¿Y ahora qué haremos? Yo creo que lo mejor sería convertir el palacio de las Naciones. en fábrica de municiones.»

(Concluye en la página siguiente)

Un Gran Sentidor de la Pampa



Fernando Gilardi

FERNANDO Gilardi, obrero y escritor, porteño que vino pocas veces al centro, pero que conoce toda la mostacilla de los alrededores de la ciudad, es hijo del Parque Chacabuco, donde hace no más quince años cazaba mistos con tramperitas, recorría al atardecer la cina-cina de El Bombo y con otros muchachos de Centenera y Avenida Campana, organizaba partidas para el bajo de Flores, a nadar en los bañados o a probar escopetas con munición patera.

Novij como todos, y la aventura, que a otros les acarreo una pena o un hogar, a él le costó un libro de versos con reminiscencias de Poe, de Asunción Silva y de Alfauerte.

El barrio empezó a irsele, corrido por la urbe impaciente, que apenas dejó en pie el histórico acará de Seguirola y un cacho del cerco de ñapindá de la quinta La Vieja: entonces, licenciado del verso romántico, compuso en bien trabada prosa criolla «Silvano Corujo», la novela del porteño suburbano desplazado.

Pero aún había país en la patria: Gilardi trasupo la Avenida General Paz, río de la Matanza arriba, y pagando con excusas de cazador cayó a los anehos pagos de Don Segundo Sombra, donde la tierra es más pura. De allí volvió con la emoción de «una mañanita de gramilla y rocío dorada a la faz de los girasoles».

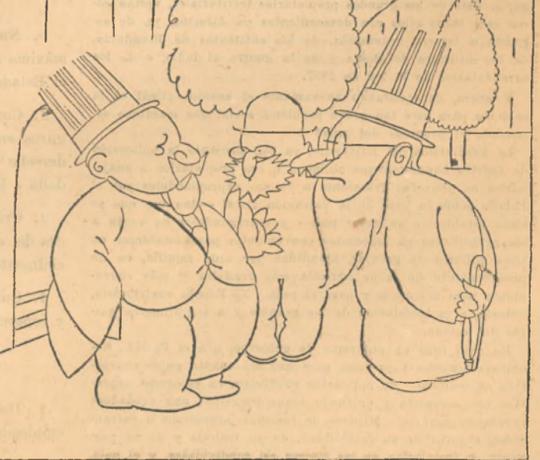
Esta emoción inspiró su nuevo libro, «La mañanaz, novela del amor sin ambición y sin cálculo, más hondos sentidores.

Un piropo: «Es una lástima que en un junco así de airoso no pare ni un pajarito».

Un cantar que llega a las estrellas: «¡Qué se le va a hacer, si la palmera tiene tallo de silencio y copa de rumor!».

Y este impresionante retrato de muchachita fresca: «Su aliento olía a mosqueta de escaramuzo y la pelusita del esbozo era sedosa como floréita de ñapindá».

Todo ello, intrascendente y hermoso como el puro gusto de vivir, como la pampa desconocida por la ciudad moderna y que se ha ganado en Fernando Gilardi, linda estampa de porteño humilde y cortés, a uno de sus amor sin ambición y sin cálculo, más hondos sentidores.



EL FRACASO DE GINEBRA, por Bagaria

«¿Y ahora qué haremos? Yo creo que lo mejor sería convertir el palacio de las Naciones. en fábrica de municiones.»

El Doctor Angel E. Roffo nos Habla de su Padre



Dr. Angel H. Roffo

AUNQUE la prensa se ha ocupado ampliamente de la obra del Dr. Roffo, en ocasión del homenaje que se le ofreciera al cumplir sus bodas de plata profesionales, contribuiremos a su mayor conocimiento, por cuanto consideramos un ejemplo altamente aleccionador, especialmente para la juventud estudiantil del país, la vida de un hombre de ciencia, formado a base de metódicos estudios, de laboriosas observaciones y de repetidas experiencias, que ha logrado colocarse al lado de las más eminentes figuras de la ciencia médica contemporánea, por su vasta obra científica, por su capacidad de organizador, por su constante aporte a la solución de problemas médico-sociales.

Siendo ya perito mercantil, efectúa el bachillerato en un año y en 1902 ingresa en la Facultad de Medicina, donde pronto se manifiestan sus excepcionales condiciones. Al año siguiente, ya es ayudante del Instituto de Anatomía Patológica de la Facultad; en 1904, miembro de redacción de la Revista del Centro de Estudiantes de Medicina; en 1905, practicante del Hospital San Roque; después, secretario de la Comisión investigadora de vacunas; preparador de Química en el Instituto de Anatomía Patológica; practicante del Hospital Nacional de Clínicas por concurso, en 1908, etc., recibiendo en 1910, con Diploma de Honor; presenta la Tesis de Doctorado, «El Cáncer», que lo señala a la consideración de sus maestros, y que merece el Premio Facultad de Ciencias Médicas (medalla de oro y diploma), siendo publicado a expensas de la misma, la que por primera vez, concede tal distinción. Fuera de las aulas universitarias, comienza su carrera académica, que por progresiva y constante lo lleva a ocupar su destacada posición actual.

Siente decidida vocación docente, adscribiéndose a la Cátedra de Anatomía Patológica en 1912 y presentando la Tesis del Profesorado en 1914, pronuncia la conferencia pública final en el mismo año, siendo nombrado profesor suplente de Anatomía Patológica. No se presenta al concurso de oposición, para optar el cargo de profesor titular, de la misma asignatura, «por encontrarme en una época de mi vida universitaria, en que he entregado por completo todos mis actividades a la obra que desarrollo en el Instituto de Medicina Experimental, como director del mismo», según manifiesta en una carta dirigida al Decano de la Facultad de Medicina en Febrero de 1932.

«El Instituto de Medicina Experimental, fundado el 7 de Noviembre de 1922, es la obra magna del Dr. Roffo, quien la concibió, maduró y realizó, en colaboración de su esposa, la Dra. Helena Larroque de Roffo».

«El Dr. Haberland de Colonia, dijo en 1927, "que el talento organizador de Roffo, ha hecho de la nada, el Instituto más grande y mejor instalado para la investigación del cáncer, en todo el mundo"».

«El Dr. Alter, dice en el Libro de Oro, dedicado al Dr. Roffo, que "el americano que sigue siendo, un modelo general y universalmente ejemplar, para cualquier organización científica y social, verdadera y razonable"».

«El Prof. Blumenthal, en el mismo libro, dice: "el Prof. Roffo, no ha realizado en estos 25 años solamente una actividad incansable, sino que ha creado uno de los más notables y más grandes institutos para la investigación del cáncer; en colaboración con su esposa, desgraciadamente fallecida, en una edad joven, ha levantado la obra, que se puede considerar hoy, orgullo de la América del Sud. El Prof. Roffo se ha ocupado en este Instituto, de todos los terrenos de la Cancerología y una multitud de excelentes trabajos han salido bajo su dirección. Ellos han formado su reputación y aclarado el oscuro terreno del cáncer"».

«El Instituto, modelo de organización científica y de asistencia social, está actualmente en condiciones de proporcionar al país, los beneficios de sus modernas instalaciones, con todos los recursos que la ciencia, para el diagnóstico y tratamiento. Demuestra la utilidad y la eficacia de la propaganda hecha des allí por el Dr. Roffo, el porcentaje de los diagnósticos precoces, es decir dentro del primer mes de la enfermedad, que en 6 años, han subido desde el 3,15 al 66,29 %».

Otro exponente de la extraordinaria actividad del Dr. Roffo, son los 400 trabajos publicados (8 de los cuales, mientras era estudiante), fruto de sus estudios experimentales; entre los que dieron más renombre, debe citarse su tesis, «El Cáncer», «Cáncer experimental», premio Nacional de Ciencias, en 1914; una serie de trabajos (alrededor de 20), sobre la importancia de

la colesteroína y lípidos en la formación del terreno canceroso; "Sol y cáncer"; fotoactividad de la colesteroína irradiada; la reacción del rojo-neutro para el diagnóstico del cáncer, que en los cánceres internos, da una positividad del 95 al 96 %».

Creador del Boletín del Instituto, que desde 1924, se reparte en los principales centros científicos del mundo entero. Desarrolla una intensa labor de enseñanza y de divulgación, en forma de numerosas conferencias y de extraordinaria cantidad de folletos difundidos ampliamente.

Ha aportado valiosas contribuciones a los congresos médicos internacionales. Todos estos méritos, le han valido honrosas recompensas, distinciones y premios, acordados por instituciones y gobiernos de todo el mundo. Ha recibido medallas de oro, de las más calificadas instituciones científicas. Es miembro de las más ilustres corporaciones médicas, del viejo y nuevo mundo. Delegado y casi siempre invitado especial a todos los congresos relacionados con el estudio del cáncer.

Después de 25 años de dedicación constante, la Sociedad Argentina para el estudio del Cáncer, inició un merecido homenaje a su fundador y presidente, consistente en la entrega en acto público, de un Libro de Oro.

A este homenaje, se ha adherido el Gobierno Nacional, el Cuerpo Diplomático, la Facultad de Ciencias Médicas, la Academia de Medicina, la Universidad de Córdoba, Facultades de Medicina de La Plata y de Rosario, Asociaciones y Círculos Médicos, Hospitales, Círculo de la Prensa, colegas, discípulos, amigos y admiradores que comprenden las personalidades más destacadas de las diversas actividades científicas, literarias, artísticas y sociales del país.

Han contribuido también, destacados investigadores de Alemania, Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, Checoslovaquia, Chile, Costa Rica, Cuba, Dinamarca, Ecuador, Egipto, España, Norte América, Francia, Guatemala, Holanda, Hungría, India, Holanda, Inglaterra, Islas Filipinas, Italia, Japón, Luxemburgo, Noruega, Palestina, Perú, Polonia, Portugal, Rumanía, Rusia, Sud África, Suecia, Suiza, Turquía, Uruguay y Yugoelavica, con una serie de trabajos, que comprenden 2000 páginas del Libro de Oro.

Es un significativo reconocimiento, que la Ciencia Médica Mundial, rinde al Dr. Roffo y a la Ciencia Médica Argentina.

«El Dr. Angel E. Roffo, nos refiere algunos datos poco conocidos de la vida de su padre

«Con el deseo de hacer conocer de cerca a nuestros lectores, la existencia del Dr. Roffo, solicitamos del hijo, Dr. Angel E. Roffo, colaborador y gran admirador de su padre, algunos detalles complementarios, que nos suministra gentilmente.

«¿Por qué circunstancias, su padre, se dedicó al estudio del cáncer?»

«En la época en que él estudiaba Medicina, y aún ahora, el cáncer era un problema lleno de incógnitas y presentaba un amplio campo de investigación, para un espíritu curioso y apasionado. Su vocación fué orientada por el hallazgo casual de un tumor espontáneo en una rata blanca, en 1909, siendo ayudante del Laboratorio de Anatomía Patológica, es decir, en un medio propicio, lo que le permitió estudiar e inocularlo en serie, habiendo producido desde entonces, miles de tumores experimentales, que han proporcionado un material biológico de estudio y observación invaluable.

«¿Alguna debilidad?»

«Siendo estudiante; eran condiciones. Se casaron antes de doctorarse,

«Se me llenan la boca de gritos Se me llenan las manos de golpes Se me llenan los ojos de rabia. Porque te veo inmóvil, Buenos Aires, sumiso e [inmóvil]» (58-59).

Y el poeta que se refugiaba antes en su soledad para que su canto fuera puro, comprende que sólo siendo solidario con su clase, sólo en la medida en que sea el cantor de ella, podrá ser poeta:

«Camaradas: Abridme vuestras puertas: Se aclara mi conciencia y tengo una voz y un [fervor proletario. Mi corazón, mis manos, mis palabras, mi sangre, Hablan de tus miserias, de tus mismas angustias].» (pág. 53).

Su soledad de astro extraviado en los espacios siderales está llena ahora. Interprete de una clase, ni aún en su retiro se siente solo: «Digo solo y no es cierto. Sobre el sueño del [mundo, Como una extraña virgen late un siglo en fer[mento].» (pág. 126)

Sería deslealtad hacia Portogalo no señalar, al lado de sus enormes progresos, lo que aún le falta para alcanzar su meta: ser el primer poeta proletario nuestro.

Un apagado eco de «Tregua» perdura aún en los poemas de «Tumulto» Portogalo no ha dejado del todo de ser el poeta individualista que cantaba su soledad y la inutilidad de sus sueños y de sus versos. Era también, por otra parte, imposible que en un lapso tan breve cumpliera totalmente su evolución, sin que algún vestigio denunciara la cercanía de su anterior posición.

La inercia del poeta de «Tregua» se traduce en un objetivismo mope, simplemente formalista. Sus proletarios son falsos, porque son seres sin pasiones, sin rebeldías. Cuando Portogalo canta-

ba a los pintores, a los albañiles, a los herreros, a los metalúrgicos, en vez de surgir de su verso seres vivos, ardientes, apasionados, proletarios auténticos, nos daba sólo fantasmas de carne y hueso. Este proletario arbitrario ha desaparecido de «Tumulto», pero no ha sido reemplazado por auténticos proletarios: aquí el poeta canta la revolución venidera, su fervor por la causa obrera, su hambre de lucha, pero los hombres que harán esa revolución, que intervendrán en esas luchas, están ausentes. Si no fuera un proletario el que canta, creeríamos estar en presencia de un poeta atraído or el romanticismo de la revolución. El descubrir su conciencia proletaria ha sido para Portogalo una alegría tan grande que sin tardanza debía expresarla en cantos: debía confesarnos su entusiasmo actual y sus antiguos errores, y decirnos cuán grande era su odio y su esperanza. No tuvo tiempo para volcar de nuevo los ojos sobre sus camaradas y descubrirlos en su realidad de luchadores.

Ese romanticismo revolucionario es característico de los que cantan las revoluciones, desde el Rimbaud de la Commune a los poetas rusos de Octubre: pero a las revoluciones realizadas y no a la revolución que vendrá. Poner los ojos en ese acontecimiento más o menos lejano y no contemplar el movimiento real del proletariado que lo prepara, cantar la barricada futura y la ametralladora que aún no tenemos, y emudecer ante el heroísmo de las luchas sindicales y el horror de la reacción fascista, es una consecuencia de la falsa perspectiva de la iniciación revolucionaria. Pero quien dió el paso enorme que va de «Tregua» a «Tumulto», es capaz de sobrepasar todo esto. Además, Portogalo no es sólo un poeta, sino un proletario cuyo destino está definitivamente soldado al de su clase, un proletario-poeta que desde su puesto literario quiere contribuir al triunfo de la revolución.

EL CINE EN ESPAÑA

Por ARCONADA

S e oye cierto bullo de ruidos, y a juzgar por él, cualquiera diría que el cine español ha encontrado no sólo nacionalidad sino categoría. El cine español ha pasado por tres etapas: la del balbuceo, en la cual un director buscaba un incauto que pagase los vidrios rotos; la de la tentativa, en la cual el capitalismo particular jugaba un pequeño dinero a la suerte de un "film" y, por último, la etapa comercial, en la cual el capital privado, asociado en Empresa, explota un negocio que crece productivo.

Este tránsito económico del capital individual al capital asociado es lo que nos da cuenta explas andaluzas y se vierten lágrimas de folletín, es muy posible que le compren el argumento para filmarlo.

Desde un punto de vista práctico, el optimismo que hay en el ambiente cinematográfico nacional procede de ahí: de que todos los mediocres y fracasados encuentran un momentáneo acomodo. Desde el punto de vista crítico, la conclusión es desoladora: el cine español de estos momentos es tan pobre, tan bajo, tan descomposición y desalieneo como el mismo teatro, donde ya a nadie se le oculta que es cadáver en gusanera.

¿Por qué es esto así? Porque el cine, y se ve identificado, en forma y espíritu, cuando percibe que sus propios anhelos han sido recogidos y transfundidos en arte. El pueblo ha respondido a su propio instinto de clase cuando tímidamente, en muy pocas ocasiones, ha visto películas rusas: "El exprés azul", "El Acorazado", "La línea general". El pueblo responde cuando, en películas burguesas, como "Viva Villa!" o "Soy un fugitivo", se rozan un mínimo de problemas y sentimientos suyos.

Y en España, donde el arte ha sido siempre, en todas las épocas, expresión del pueblo, ¿por qué caminos se pretende llevar al cine? Ya se ve: por unos caminos prematuros de fracaso y de impotencia. El teatro también está dentro de ellos, pero al menos tiene su tradición. Pero el cine, que es arte de ahora, si no tiene un poco de dignidad y de presente, ¿qué puede salvarle?

Lo tendencioso o no tendencioso puede ser discutido. Lo que no cabe negar es el sentido social del arte. El arte, y tanto más el cine, que es arte de multitud, es un reflejo de la sociedad. Cada sociedad específica tiene, crea un arte específico. La sociedad de hoy, que es una sociedad descompuesta, crea —o mejor, produce, que es palabra menos noble— un arte descompuesto, infame, chabacano, bajo, o, por otro lado, defensivo, útil, mercenario, tendencioso, servil.

«¿Qué deportes practica?»

«¿Domingo por medio, a la mañana, un poco de equitación.»

«¿Toma vacaciones?»

«Sí. Sólo 15 ó 20 días al año, los que ocupamos en largos viajes en automóvil.»

«¿Qué idiomas posee?»

«El francés, el inglés el alemán y últimamente aprendí el portugués.»

«¿Indicaciones artísticas?»

«Le gustan mucho los cuadros, los libros y documentos antiguos, de carácter histórico; toca discretamente el órgano, instrumento que empezó a estudiar hace 3 años, sin maestros.»

«¿Alguna debilidad?»

«El mar y todo lo que a él se refiere.»

«¿Cuándo conoció a su señora madre?»

«Siendo estudiante; eran condiciones. Se casaron antes de doctorarse,

Nada menos español, ni menos vivo, ni menos sustancioso que el cine que se hace hoy en España. ¿Es que España no existe? Naturalmente que existe. Pero es necesario ir a buscar en donde está en el pueblo. Pero como eso es peligroso, porque el pueblo es lo vivo, y la vida salta hacia adelante del tiempo, vale más quedarse acá, donde si no hay creación por lo menos tampoco hay peligro.

Y el cine, como el teatro, se ha quedado en este más acá: halagando los gustos rampantes, mediocres, confort mistas y sentimentales de la pequeña burguesía, que realmente es la que da el tono de estos espectáculos en la sociedad contemporánea.

Pero lo más grave es que se quiere que el pueblo se identifique con esta mediocridad. No sólo posible. El pueblo tiene su propia sustancia, su propio carácter, su virilidad, y no puede ser participe de ese seudo arte niño, sin vicio, vacío, regocijante y lacrimoso de las películas que se hacen ahora en España, y que no cito para que no se crean excepciones las que tenga necesidad de omitir tras los etcéteras.

«¿Qué régimen alimenticio prefieres?»

«Es muy frugal; dos comidas diarias: almuerzo, consistente en puchero de frutas; cena, compuesta sólo de frutas; durante el invierno, agrega a la cena, una taza de caldo caliente y un plato de mazamorra. Nunca toma agua, ni vino. Le gusta mucho el mate. No fuma.»

«¿Qué deportes practica?»

«Domingo por medio, a la mañana, un poco de equitación.»

«¿Toma vacaciones?»

«Sí. Sólo 15 ó 20 días al año, los que ocupamos en largos viajes en automóvil.»

«¿Qué idiomas posee?»

«El francés, el inglés el alemán y últimamente aprendí el portugués.»

«¿Indicaciones artísticas?»

«Le gustan mucho los cuadros, los libros y documentos antiguos, de carácter histórico; toca discretamente el órgano, instrumento que empezó a estudiar hace 3 años, sin maestros.»

«¿Alguna debilidad?»

«El mar y todo lo que a él se refiere.»

«¿Cuándo conoció a su señora madre?»

«Siendo estudiante; eran condiciones. Se casaron antes de doctorarse,

Un Ensayo en Torno a nuestro Deporte más pedestre

Profesionalismo y Deportismo

Escrito especialmente para VISION por LAZARO LIACHO

El viejo circo romántico propagó por el mundo una prodigiosa caterva de héroes profesionales. Ellos eran recibidos con entusiasmo en las grandes ciudades y en los pequeños villorios. Niños, jóvenes y viejos, acudían a las improvisadas carpas para esparzarse con el espectáculo fuerte, entusiasta y cautivador. Domadores, equilibristas, tramoyistas y amazonas, se confundían sucesivamente en el juego del trapecio, en la acción del hombre hércules, en la comedieta grotesca de los tonis, en el acto temerario de los domadores de fieras. Todos ejecutaban pruebas espeluznantes. Eran verdaderos bailarines por sobre la propia cabeza. La existencia dentro del mezuquino fausto circense era compensada por la ilusión triunfal de cada noche, frente a públicos absortos y convalidados que desbordaban en frenéticos aplausos la visión de la proeza, del heroísmo mediante prolongado aprendizaje, de la gallardía de los bravos con profusión a sueldo y a hora fija, ante plateas numeradas.

2) El circo llegó a ser un espectáculo complicado y tético. A pesar de su oropel le faltó dinamismo, es decir, aquel contagio que otorga propia satisfacción en quien contempla el esfuerzo frío del trabajo ajeno. Bailar sobre la cuerda floja era peligroso, si bien resultaba un acto común en el circo. El programa de circo llegó a ser un programa sin sorpresas. No pudo modificar ni ampliar sus elementos y hubo de replagarse a las traestruendas, acampando en los suburbios. El gran público le restringió sus furtivas lágrimas y sus gruesos aplausos. El espectador no lograba explicarse por qué se sometía la vida a un diario peligro de muerte a trueque de un sueldo para poder vivir. El rey del trapecio repetía su habilidad, dirigiéndose luego a sus admiradores en reclamo de aprobación. Se inclinaba con ceremonioso efecto arrancando estruendosas aclamaciones. A veces, las manos se agitaban alocadas o dando palma contra palma, a golpes secos, exigiendo se detuviera al instante la bárbara prueba de arteificio. El actor luchaba contra él mismo. Su enemigo era su otro yo que se jugaba por sobre la propia existencia. No era posible efectuar manifestaciones de reprobación contra un hombre que realizaba un juego tan violento. Sólo se sentía afecto por el ser que se martirizaba a título de profesionalismo bajo la estrella del circo. Era fuerza solidarizarse con el titiritero, protegerlo con un apoyo sin límites, sostener sus prestigios, garantizar sus méritos, sus valores extraordinarios, su coraje... El público no tenía frente a sí bandos contrarios. El único enemigo presente era el látigo con que se imponía sumisión a las fieras, y el director, la fiera de verdad dentro de la pista. Los Podestá liquidaron el circo de nuestra ciudad, del mismo modo que luego liquidaron el teatro nacional. Frank Brown, pretendió transportar el circo a plena calle Florida, y le vio desaparecer envuelto en las llamas alzadas por el patriótico celo de los muchachos nacionalistas, —patoteros del bar de Hansen, compañeros del restaurant Trocadero, cafiscios de los cafetines de la calle Maipú,— donde concurrían las mujeres más hermosas del mundo, traídas a Buenos Aires por los cafetines internacionales para celebrar junto con los incendiarios del circo de Frank Brown, el centenario de la independencia Argentina.

3) El hombre de Buenos Aires, —nativo o extranjero,— fué un admirador del circo. Le apasionaba el juego sin argumento, incapaz —el hombre mismo— de argumentar por su cuenta e ajená. Discutir ya era otra cosa. Sabía discutir porque la discusión es previa a la pelea y él era buen peleador. Desde los conquistadores hasta nuestros últimos caudillos políticos, nacidos bajo el ruedo del voto secreto, el sentimiento nacional rindió culto a la aventura, a la proeza, a la pelea. América era el concepto de una prueba en el juego de la existencia, pero, no todos eran capaces de entregarse al movimiento, a la velocidad impuesta por la modalidad del juego. Nada de perder tiempo. La visión novelesca del Nuevo Mundo tenía mucho de circo en la imaginación sin vuelo —mas con enorme velocidad— de los que venían a la conquista de bienes materiales. Ellos ahogaron el libre juego de la imaginación, constreñida a ver el trabajo de los demás, obteniendo así experiencia y beneficio —es decir, la doble emoción que conforma la vida por la prontitud con que obtiene beneficio.

Del conquistador al matón median los tiempos

necesarios que descomponen los orígenes estructurados sin ciencia en el vértigo del escamoteo. El matonismo fué siempre una característica presente en nuestras modalidades. El matón supo conquistar protectores y admiradores en los más diversos círculos del país. Del retídero al circo y de éste al frontón, al garito, al hipódromo y al fútbol, el matón obtuvo categoría, delimitó el tipo. El juego prohibido, como el deporte honesto, cayeron bajo su cubillo ya que no es posible adjudicarle otra arma en el atropello. Atropellando de esta forma también progresa a Nación, con un progreso tan efectivo que a pesar de la multiplicación de los ingresos, la deuda aumenta en cada presupuesto. Nos cuesta mantener el prestigio de nuestra riqueza. Sin esa fama no seríamos nadie. La fama que se movilizó en torno a ciertos futboleros resulta enormemente costosa. Se les remunera con dadivosidad exagerada, temeraria, y se erige ese pago gratuito y vergonzoso en estandarte de poderío y de empresa. El acto instintivo y espectacular se torna institución. La colectividad carga con todo, dejándose desangrar por el matonismo bien puesto. La coima interviene en los contratos y transferencias de jugadores. El organismo delictuoso propaga —por los periódicos rentados y los periodistas venales— la hazaña a título de ejemplo. El efectismo estriba en la rapidez de la maniobra que no admite ser discutida. En torno a la caja y a los puestos directivos se organiza la más complicada máquina política. Los hinchas tienen más poder que las barras regimentadas. La propaganda que se monta durante las elecciones de autoridades del club que ejercita el juego más pedestre, supera la de los partidos políticos que se debaten por la conquista de los puestos públicos.

La obscurencia que el pueblo rindió a Rosas; la asiduidad que ofreció a Rosas; la comparsaría que prestó a Urriburu, fueron el desborde del hinchero con que el espíritu circense del país adujo personalidad al espectador de las gradas, degradado en la tramoya política de la cual era espectador fuera de la carpa, misero escucha del bombo y los platillos que atornaban con la música de la banda y los aplausos de la burocracia claustraria.

4) El hástio de la muchachada porteña del suburbio halló su campo de entrenamiento en los baldíos donde se entregaron a la práctica del fútbol. La decadencia del medio ambiente impuso el juego más pedestre como una necesidad que suplía la falta de pensamiento. No quisieron ser más que futbolistas, sin que comprendieran el sentido del juego ni la aceptación de la palabra. Por instinto impulsaban y perseguían la pelota. Cada jugador consideraba el deporte cual una lucha de orden personal, ejecutándolo en un combate de pormenores abruptos. Se aprendió a dominar la pelota del mismo modo que antes a dominar el cuchillo. Era indispensable canchear con ventaja para lograr provecho. Fatigar, enredar, burlar al contrincante con el manejo de los pies. La regresión prohibía el uso de las manos. Los jugadores eran tácticos instintivos. El insulto de viva voz o el uso de los puños no faltaron al juego más pedestre, donde era falta emplear las manos. El potero o la cancha eran el espacio que se acababa, pues, el límite del deporte se demarcaba sobre la tierra que permitía el juego de los pies. Los reglamentos escritos no importaron; lo visual, aquello que estaba marcado sobre el campo, era lo único digno de respetarse. Fuera de la can-

5) La llanura característica de nuestra urbe, sentada en soledad junto al murmullo sin voces de la pampa, fué ciudadanía propicia al desarrollo del juego más pedestre. Era fácil diseñar en cualquier terreno los areos que limitarían el largo de la cancha, en la inmensidad del campo abierto. El potrero del suburbio, junto a la casa habitación de los jugadores, servía para el entrenamiento. Así, a toda hora, a título de cómoda reunión, la muchachada sin trabajo entraba en sus ocios dando libre juego a las piernas, pero, con la disyuntiva de no aceptar al patá dura... La agilidad del jugador, su destreza, su patada poderosa, sus corridas, sus gambetas, cobraron dentro del potrero contenido en la virginidad de la tierra pampeana, algo del avestruz y del matrero. A tal causa se debe que entusiasmará mayormente Laforia o Maximiliano Susán por su furia de hombre pampeano, que Watson Hutton o Juan Brown por su flemático análisis inglés. Los primeros infundían pasión; los otros, entusiasmo. El fútbol porteño se caracterizó por la arremetida y el remate violento. Se limitó el dribling, el floreo. Ingleses y checoslovacos, evidenciando una técnica de conjunto muy superior a la de nuestros once, y una comprensión individual más exacta y brillante, son derrotados por los cuadros porteños. Las diferencias que surgen entre maestros y discípulos —si cabe— no son un resultado exclusivo del aprendizaje y la técnica del deporte. No es una razón de mejoramiento ni de clase. Es el influjo del ambiente que obra sobre el individuo.

6) Nuestro jugador de fútbol refleja las características del medio ambiente en que vive, si bien —cerrando el círculo de las negaciones de negociaciones— devuelve desde la cancha, en es fuerza desbordante, en furia, el poder espiritual de la llanura pampeana. Ese poder particular a los productos que llevan en el espíritu—ligado a lo internacional de los conquistadores llegados con las corrientes inmigratorias— el engendro de sello pampeano, la fuerza virgen de la tierra nativa. El futbolero es el hombre hecho solo, hijo de inmigrantes en primera generación Argentina, individuo sin tradición y sin cultura. El público —el hinchero— bajo el influjo subyugante del juego combinado por los pies, entrega sus instintos al vértigo sin control. Juego sin precisión matemática, el fútbol exige espectadores sin dominio sobre los propios actos, es decir, seres sin noción de las conquistas del espíritu sobre la materia, ignorantes de los rudimentos de la ciencia. El hinchero está de pie

sobre la tribuna, pero el lazo de la llanura le arrastra en la carrera sin meta, pues el deseo de cruzar tierras conquistables, de ganar campo, de economizar distancias inútiles, está pendiente aún a sus sentidos de hombre que tiene mucha pampa de por medio. La llanura sólo se domina con los pies: cruzándola, pisándola, corriendo por ella para dejarla atrás, para ganarla de una sentada hasta entrar a la urbe, como quien hecho el goal descuenta el triunfo y se repliega a la defensa. El hinchero, confundido con el cuadro de su simpatía se enrola incondicionalmente en él, defendiéndolo aún con la mentira. El bando que apoya es el gaucho malo a quien acusa sin ley el comisario —que es el referente—. Cuando las cosas se complican demasiado se atropella a toda la policía —el once enemigo— y el hinchero, convertido en malón, ataca por ambos flancos, es decir por las tribunas populares y oficiales. Domingo a domingo el malón se desata. El viento pampeano no perdona a la ciudad. Los hinchas llevan siempre el espíritu del vértigo que infunde la soledad en día, al juego de los pies, y vibran y se apasionan. Están solos frente al juego de nanan y matan.

7) El ambiente popular que rodea nuestro deporte más pedestre deriva también —esto es indudable— del deseo de vida sana que alienta la juventud del suburbio. Dado que la mayoría vive en casas sin confort —inquinadas o reducidos departamentos— aprovechan la calle y los baldíos para practicar a pleno sol el deporte más pedestre. No demanda él, la lección de profesores. Se aprende con gratitud; se logra pericia mediante una bien aprovechada práctica rutinaria. El muchacho se alegra de no permanecer inactivo. Se mueve, actúa y no tiene motivos para pensar en nada. De allí que el fútbol haya sido el juego que logró imponerse en el país. Es un deporte que puede practicarse con facilidad en cualquier lugar; los gastos que demanda son los más reducidos; entusiasma fácilmente y permite adquirir fama y fortuna. Los pobres no se engañaron al aceptarlo. Si luego lo exaltaron a la más alta jerarquía, dándole riquezas y representación nacional, es porque en el fútbol estaba contenido el humilde origen de sus propulsores, ávidos también de merecer el aplauso y el bienestar económico. Los hombres que organizaron el profesionalismo, sabían que el fútbol era el juego nacido en las calles de Buenos Aires y que seguía siendo el de más arraigo en la metrópoli. Vieron en ello el medio de asegurar muchas posiciones particulares. Mediante el aporte de la colectividad lo establecieron en las mejores canchas. Erigieron tribunas magníficas, cotizando para los hinchas—y a buen precio— el espectáculo del juego más pedestre. Primero mecanizaron el deporte; después lo mercantilizaron. Las fórmulas se redujeron a contratos de toma y daca: ganancias fabulosas y coimas pingües. Los dirigentes de los clubs no se preocuparon de introducir otras manifestaciones de valor que la representada por el dinero. Todo signo de cultura fué despreciado por los jefes de las instituciones futbolísticas.

En las esferas oficiales se procedió con la misma indiferencia. Se otorgó personería jurídica a los clubs, sin orinar el cauce social de los mismos. Los resultados ya los conocemos. El hinchero es uno entre sus tantos frutos, una especie de descamisado sin sentido de su destino. El fútbol aporta, económicamente, los medios para merecer un objetivo elevado. En sus balances no figuran los rubros que denuncian interés por la cultura. Conferencias de extensión deportiva, bibliotecas, seguro y ayuda social, no preocupan a los cultores del deporte más pedestre. Sus dirigentes aparecen como guías de las instituciones si bien responden solamente a las imposiciones de los cracks —una especie de mediums rentados con coima de generosidad. Dirigentes, hinchas y periodistas sostienen el prestigio del «fenómeno» contra el de los demás jugadores, el del club y el de la colectividad. Individualmente, cada uno asegura sus gustos y sus apetitos. Nadie se preocupa de saber si su deportismo cae o no dentro del saco sin fondo del profesionalismo. Les basta tener seguridad del anonimato en que recogen la elevada retribución, sólo posible por la coima que se le adosa, y el negocio continúa produciendo en la medida de todo cuanto gira en la órbita del deporte más pedestre.



sobre la tribuna, pero el lazo de la llanura le arrastra en la carrera sin meta, pues el deseo de cruzar tierras conquistables, de ganar campo, de economizar distancias inútiles, está pendiente aún a sus sentidos de hombre que tiene mucha pampa de por medio. La llanura sólo se domina con los pies: cruzándola, pisándola, corriendo por ella para dejarla atrás, para ganarla de una sentada hasta entrar a la urbe, como quien hecho el goal descuenta el triunfo y se repliega a la defensa. El hinchero, confundido con el cuadro de su simpatía se enrola incondicionalmente en él, defendiéndolo aún con la mentira. El bando que apoya es el gaucho malo a quien acusa sin ley el comisario —que es el referente—. Cuando las cosas se complican demasiado se atropella a toda la policía —el once enemigo— y el hinchero, convertido en malón, ataca por ambos flancos, es decir por las tribunas populares y oficiales. Domingo a domingo el malón se desata. El viento pampeano no perdona a la ciudad. Los hinchas llevan siempre el espíritu del vértigo que infunde la soledad en día, al juego de los pies, y vibran y se apasionan. Están solos frente al juego de nanan y matan.

En las esferas oficiales se procedió con la misma indiferencia. Se otorgó personería jurídica a los clubs, sin orinar el cauce social de los mismos. Los resultados ya los conocemos. El hinchero es uno entre sus tantos frutos, una especie de descamisado sin sentido de su destino. El fútbol aporta, económicamente, los medios para merecer un objetivo elevado. En sus balances no figuran los rubros que denuncian interés por la cultura. Conferencias de extensión deportiva, bibliotecas, seguro y ayuda social, no preocupan a los cultores del deporte más pedestre. Sus dirigentes aparecen como guías de las instituciones si bien responden solamente a las imposiciones de los cracks —una especie de mediums rentados con coima de generosidad. Dirigentes, hinchas y periodistas sostienen el prestigio del «fenómeno» contra el de los demás jugadores, el del club y el de la colectividad. Individualmente, cada uno asegura sus gustos y sus apetitos. Nadie se preocupa de saber si su deportismo cae o no dentro del saco sin fondo del profesionalismo. Les basta tener seguridad del anonimato en que recogen la elevada retribución, sólo posible por la coima que se le adosa, y el negocio continúa produciendo en la medida de todo cuanto gira en la órbita del deporte más pedestre.

En las esferas oficiales se procedió con la misma indiferencia. Se otorgó personería jurídica a los clubs, sin orinar el cauce social de los mismos. Los resultados ya los conocemos. El hinchero es uno entre sus tantos frutos, una especie de descamisado sin sentido de su destino. El fútbol aporta, económicamente, los medios para merecer un objetivo elevado. En sus balances no figuran los rubros que denuncian interés por la cultura. Conferencias de extensión deportiva, bibliotecas, seguro y ayuda social, no preocupan a los cultores del deporte más pedestre. Sus dirigentes aparecen como guías de las instituciones si bien responden solamente a las imposiciones de los cracks —una especie de mediums rentados con coima de generosidad. Dirigentes, hinchas y periodistas sostienen el prestigio del «fenómeno» contra el de los demás jugadores, el del club y el de la colectividad. Individualmente, cada uno asegura sus gustos y sus apetitos. Nadie se preocupa de saber si su deportismo cae o no dentro del saco sin fondo del profesionalismo. Les basta tener seguridad del anonimato en que recogen la elevada retribución, sólo posible por la coima que se le adosa, y el negocio continúa produciendo en la medida de todo cuanto gira en la órbita del deporte más pedestre.

En las esferas oficiales se procedió con la misma indiferencia. Se otorgó personería jurídica a los clubs, sin orinar el cauce social de los mismos. Los resultados ya los conocemos. El hinchero es uno entre sus tantos frutos, una especie de descamisado sin sentido de su destino. El fútbol aporta, económicamente, los medios para merecer un objetivo elevado. En sus balances no figuran los rubros que denuncian interés por la cultura. Conferencias de extensión deportiva, bibliotecas, seguro y ayuda social, no preocupan a los cultores del deporte más pedestre. Sus dirigentes aparecen como guías de las instituciones si bien responden solamente a las imposiciones de los cracks —una especie de mediums rentados con coima de generosidad. Dirigentes, hinchas y periodistas sostienen el prestigio del «fenómeno» contra el de los demás jugadores, el del club y el de la colectividad. Individualmente, cada uno asegura sus gustos y sus apetitos. Nadie se preocupa de saber si su deportismo cae o no dentro del saco sin fondo del profesionalismo. Les basta tener seguridad del anonimato en que recogen la elevada retribución, sólo posible por la coima que se le adosa, y el negocio continúa produciendo en la medida de todo cuanto gira en la órbita del deporte más pedestre.

En las esferas oficiales se procedió con la misma indiferencia. Se otorgó personería jurídica a los clubs, sin orinar el cauce social de los mismos. Los resultados ya los conocemos. El hinchero es uno entre sus tantos frutos, una especie de descamisado sin sentido de su destino. El fútbol aporta, económicamente, los medios para merecer un objetivo elevado. En sus balances no figuran los rubros que denuncian interés por la cultura. Conferencias de extensión deportiva, bibliotecas, seguro y ayuda social, no preocupan a los cultores del deporte más pedestre. Sus dirigentes aparecen como guías de las instituciones si bien responden solamente a las imposiciones de los cracks —una especie de mediums rentados con coima de generosidad. Dirigentes, hinchas y periodistas sostienen el prestigio del «fenómeno» contra el de los demás jugadores, el del club y el de la colectividad. Individualmente, cada uno asegura sus gustos y sus apetitos. Nadie se preocupa de saber si su deportismo cae o no dentro del saco sin fondo del profesionalismo. Les basta tener seguridad del anonimato en que recogen la elevada retribución, sólo posible por la coima que se le adosa, y el negocio continúa produciendo en la medida de todo cuanto gira en la órbita del deporte más pedestre.

(Sigue en la pág. 14)

SI GANAN TANTO, REDUZCAN EL PRECIO

El campeonato nocturno es un negocio. Nadie sospechó las proporciones financieras que ya ha alcanzado y las que lógicamente puede deducirse que alcanzará aún. Entran los pesos que es un contenido. Se pensó que cada partido podía dar diez mil pesos, y, unos con otros, andan todos por los veinte mil. Sobra la plata, porque el presupuesto de gastos estaba calculado para un máximo de recursos que, como vemos, se ha duplicado.

¿Qué es lo elemental que honestamente se le ocurri-

ría hacer a cualquiera en situación semejante? Ya que se trata de una fiesta del pueblo y para el pueblo, ya que no anda de por medio ningún empresario particular, ya que no se persigue el negocio, lo pertinente sería reducir ipso facto el precio de las entradas para ver los partidos, teniendo en cuenta, además, que están sobrecargadas para la mayoría.

Pues bien: no hay nada de eso. Para disfrazar algo de la exigencia, se ha resuelto dar acceso gratuito en determinados partidos a los socios de Racing y a los de Inde-

pendiente, que por no jugarse partidos en sus canchas, tienen que pagar siempre. Pero eso es todo. Lo que se les ha ocurrido a los que andan en el asunto, es declarar gastos crecidísimos que antes de conocerse lo pingüe del resultado no se declararon. Ahora resulta que el campeonato da mucha plata, pero cuesta tanto, que si sólo se hubiese recaudado el máximo de lo que se esperaba habría sido un negocio desastroso.

La afición tiene la palabra, si quiere hacerse respetar.

Un Día de Sol en el Río

Tiene el buen tiempo solemos decir al arribo de la primavera. Es un minuetismo que mira a otras latitudes. En Buenos Aires siempre hace buen tiempo: invierno benigno, verano sin excesivo rigor; frío con sol, calor con vientos del sur. Buenos Aires siempre! Pero, en fin, en algunas épocas son mejores.

Los mejores vuelven con la primavera —primavera americana de los nueve meses del año, como un fruto humano bien cumplido— y con la primavera vuelvo al río a remar. Todo es cuestión de aguantar un poco los primeros días o engrasarse el tórax impacientemente, como los atletas griegos al salir a la palestra; luego, la piel se curte pareja y ya no arde, y además proporciona a la vista el placer de su aspecto broncino, que es el aspecto de la salud.

El Tigre es la metrópoli del remo porteño y argentino y rioplatense. Prefiero habiendo gozado aquello, esto otro más pacífico que es Río Santiago, el del nombre de un tranquilo poblador burgués y alegría bastante, en pleno estuario leonado, cara a la abertura del río como mar.

Salgo de madrugada, con la fresca, busto y piernas al aire, los puños en los remos. A la otra margen del río, izan la bandera en la Escuela Naval. La nuestra —la del club— está al tope hace rato, saludando incansable con su flaqueo el amanecer; pero la de la escuela de la armada es cosa más seria.

En cuanto puedo divisar y oír a lo ancho de la corriente rizada, están formados y cuadrados, con traje de fajina, en la explanada del frente, todos los cadetes del instituto; suena, lenta e interrumpido por el aire, el clarín, y el paño celeste, blanco y oro ascende parsimoniosamente, como para que su presencia no pase inadvertida en toda la haz.

Miro alrededor, y al verme solo me siento rico; todo el espectáculo es para mí. Tal vez soy un arrojado navegante portugués, español o italiano del siglo XV, o un nórdico anterior, que descubre de pronto, en un amanecer limpio, una costa extraña, y en ella indicios de una civilización que no es la suya. Pero como no voy buscando ningunas Indias —pues tengo mi rica especie dentro de mí— por sí no me han visto los indígenas sorprendidos en sus ritos extraños, procuro ocultarme entre el picado del río y gano los juncos de la ribera.

En rítmica boga, levantando de improviso bandadas de galletas o saludando a alguna isleña madrugadora, recorro los arroyuelos que conducen a través de la Isla del Monte desde Río Santiago hasta el Ro de la Plata.

El Arroyo del Medio tiene tramos angostos donde es necesario remar a botalón, plantado a la proa del par simple, más bello, por más desnudo, que un gondolero veneciano, serpenteando entre caireles de sauces llorones y ampulosas hortensias que hispan al remero al pasar; y en la desembocadura del Arroyo de los Pescadores al estuario suele haber tan poco fondo, que es preciso descalzarse, desembarcar y proseguir a rastro hasta recuperar llamado. Todas son peripecias que prueban el temple y la pericia y contribuyen a animar la excursión.

Cercano el mediodía, enderezo para el Plata, tras la isla inmensa, hacia el semaforo del extremo del canal de los diques, sorteando con diligencia los muelles de un derruido malecón para sacar indemne el calafate y no nufregar; allí, viro a estribor, y en unas cuantas remadas más abordo la Isla Paulino famosa.

Una breve ensenada me permite amarrar la embarcación, un tupido parral de uva americana me da olorosa sombra, y el hotelero en zancos me sirve una exquisita fuente de raviolos al jugo con una ensalada bien aceitada y benigno vino de la isla.

Echo una siesta bajo los sauces; y declinante el sol, lanzo nuevamente al ancho río el bote fiel, para ir, a empuje de remo, a visitar el gran dock de profundo calado con bares de insignias y de leyendas extranjeras, el solitario puerto de la Ensenada o las proximidades rumorosas de los frigoríficos.

Ya de noche, cuando el río semeja una inmensa avenida de diamante negro, y una brisa reconfortante me infla en el busto sudoroso la camisola, arribo de regreso al club. El buen remero aborda de una remada certera —a la vez dirección e impulso— el filo de la playa, con la banda del bote, sin rozar los toletes, como el buen chofer arrima el auto al cordón.

Levantado en vilo el bote y colgado en su percha, se le acaricia la comba húmeda, como la barriga trasudada a un dócil caballo en el stud, después de una jornada sin remordamiento. Y en seguida, a restregarse a la lluvia humeante la piel curtida.

J O S E G A B R I E L



Una Asamblea que Quiere Existir

He aquí un hecho insólito en los anales de nuestras instituciones deportivas: la asamblea ordinaria de Rosario Central, rechazado la rendición de cuentas de la directiva del club, designando una comisión encargada de investigar las inversiones de fondos hechas.

Lo habitual es que, aún ante comisiones manifiestamente desastrosas, las asambleas, «por no discutir, aprobar y aún aplaudan las gestiones que se someten a su consideración. Mereced a esta costumbre inveterada, los dirigentes obran con absoluta irresponsabilidad en los clubs. De todos modos, saben que lo peor que puede ocurrirles es que no los reelijan; eso, cuando no los reeligen precisamente por malos.

Pero esta asamblea rosarina ha venido a romper la costumbre para plantarse ante una comisión cuya gestión financiera no le satisface, y exigirle una rendición de cuentas menos a la violeta que la que se hace habitualmente. Si el ejemplo condice, podríamos entrar en una era democrática en nuestros clubs. La existencia real de los asociados y su efectiva responsabilidad ante ellos, haría reflexionar un poco a los dirigentes y les movería a reemplazar los procedimientos arbitrarios y a menudo incorrectos que ahora emplean en toda su actuación al frente de los clubs.

Es preciso que el ejemplo de Rosario Central cunda. Las asambleas de asociados no deben ser meros ritos, por los que nadie se preocupa. Ya que durante el período que una comisión permanece en su puesto no hay realmente organismos de control para su acción, que haya rendición clara y exigente de cuentas al finalizar el plazo de gobierno. ¿Qué eso exigirá a los asociados alguna preocupación más y hasta algún dolor de cabeza? Sin duda; pero no sospechan cuántos beneficios pueden obtener para los clubs y, por ende, para el deporte en general.

Silbidos a Nacional

La actuación en Buenos Aires del primer equipo de los dos uruguayos que deben actuar aquí por su intervención en el campeonato nocturno internacional. El equipo ha sido el de Nacional de Montevideo, el presuntamente más flojo de los dos, aunque pocos días antes empató allá con el otro. Una parte de nuestro público lo recibió con silbidos. ¿Por qué tal descortesía? La explicación (ya que debemos buscársela a un hecho tan ingrato y tan injustificado) la tuvimos después, durante la actuación de noventa minutos del equipo montevideano.

¿Actuación brusca, sucia, tramposa? No por encima de lo tolerable en habituales partidos. Fué, si se quiere, algo peor; fué una actuación tan indignante de calidad en todo sentido, que era para silbar, sobre todo por tratarse de un club de la fama y de la tradición del albo. Con su defensa floja al frente, como es la de River Plate, apenas dominó unos minutos del segundo tiempo y no hizo en toda la noche una sola jugada inteligente, llamativa, admirable como técnica ni como coraje. ya que su zaga se defendió como gato panza arriba, a la que te criaste, y su delantera marcó un goal por una gran chamonada de la defensa riverplatense.

Apenaba realmente, indignaba, diremos, ver aquel Nacional de grande y merecida tradición, sin saber qué hacer para curpear el chubasco, no pensemos ya en verlo intentando soplar a su vez, y destacándose sólo, de cuando en cuando, por una mala maña del manejo Castro o por las constantes protestas de todos ante las decisiones del juez. Excitabanos al arquero García, que en el primer tiempo sacó con arrojo y con colocación tres o cuatro tiros peligrosos.

En cambio ¡qué espectáculo el de River en su delantera y, a menudo, en su línea media! Pasos, corridas, tiros, goles y, para que no faltase nada, vino a discreción. Hubo cinco minutos de la segunda etapa, en que el público rugió no se sabía si de satisfacción o de rabia al ver a un equipo dueño absoluto de la pelota y otro que no sabía ni dónde encontrarla. ¡Y se trataba de cuatro delanteros y un medio de cuarta división, que empiezan a jugar.

Parece que en Montevideo sucedió poco más o menos lo mismo con Racing frente a Peñarol. Vaya el hecho para los que creen que Racing es un equipo de primera fuerza, ni por sus componentes ni, sobre todo, por su moral directiva.

La Unión Ferroviaria, eje de la Unidad Sindical, debe afianzarse

Los sindicatos ferroviarios, —Unión Ferroviaria y La Fraternidad— por la importancia de sus fuerzas y el rol que juegan en la economía del país, son eje de la Central Obrera. De sus decisiones y de la unidad que reine en sus filas, depende el futuro inmediato de la C. G. T.

Esto no lo ignoran la J. E. Provisoria, ni los dirigentes tramontianos. Pero estos últimos tratan de aprovechar mejor, en beneficio propio y de cierto partido burgués, ese conocimiento. La jira emprendida por sus delegados no sólo sembrará la confusión sino que presenta el peligro de una división en las filas de los obreros ferroviarios. Y ante esta amenaza, las Directivas de los Sindicatos del riel no se mueven con la celeridad necesaria.

Si no apresuran la realización de los Congresos del gremio, preparándolos mediante jiras, readmitiendo a ciertas seccionales expulsadas por sostener criterios dispares a la dirección sindical, y alancando una estricta democracia obrera, compartarán el cargo serio y grave de no haber trabado por la unidad de los ferroviarios y, por ende, de todo el movimiento gremial en el seno de la C. G. T.

Las resoluciones tomadas en varias seccionales y los hechos lamentables ocurridos en Remedios de Escalada, demuestran claramente que el peligro no es remoto ni problemática la coexistencia de dos centrales sindicales: la C. G. T. y la C. G. T. apócrifa de tinte «político». Se trata de evitar este hecho ruinoso. Tolerarlo, mediante una pasividad desdolorosa por antiobrera, sería crear un obstáculo enorme al ascenso formidable del movimiento de los trabajadores.

Unas Palabras Sobre la Fundación de Buenos Aires

(Viene de la página 4)
 aventura. Pero lo que no se recalca suficientemente, es que las «feroces onzas» de los pajonales sólo devoraron mientras el pueblo porteño del mil y pico de trabajadores y soldados se moría de hambre (llegando a la ferocidad del canibalismo) el gobernador y sus predilectos no carecían de «dos o tres venados y docena y media de perdices y codornices» por día.

El pueblo expedicionario, acabamos de decirlo, se moría de hambre, intentando vanamente labrar la tierra, conquistar nueva y pacífica vida. Toda queja suya fué estrangulada en la horca. Y cuando el gobernador, des-

haciéndose de podrido, determinó regresar a España, el pueblo trabajador se quedó casi solo entre la furia de los jaguares y de los indígenas. Los pocos que se salvaron de las dentelladas bestiales, de las bolas y flechas de los indios, de la peste y del hambre, los levantaron al fin, no por compasión, sino porque se necesitaban para poblar otras tierras que entonces se presentaban más benignas. Permanecieron aquí sus caballos, que pronto difundieron una población animal útil. Y sus huellas personales, que tampoco se borraron del todo, fueron a estamparse en la Asunción, para luego retornar Paraná abajo, con escala en Santa Fe, hasta el Plata.

Queremos decir, en síntesis, que, si no nos parece mal que al cumplirse el cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires, se haya paseado por la ciudad, en procesión carnavalesca, al Adelantado y Gobernador Don Pedro de Mendoza, sin sus achaques y sin sus queridas, nosotros hemos paseado de la mano de nuestro corazón, invisiblemente, con su hambre y sus dentelladas, al labriego español que a pesar de los Reyes Católicos, de Carlos V, de Villalar y de mil Dones Pedros de Mendozas, replantó en las orillas del Plata gajos del comunismo ibérico que algún día hallarán el clima propicio

Es un Deber Indudable Defender Desde Hace Siete Años Impera en el Paraguay un Régimen de Dictadura (Viene de la pág. 5)

demostrará que la suerte de la Humanidad será decidida por la lucha de clases y no por la lucha de los pueblos. ¿Habrá que demostrarlo una vez más? Desde que la Tercera Internacional —siguiendo las huellas de la Segunda— ha reemplazado definitivamente la lucha de clases internacional por una pretendida lucha «común» contra Hitler, en realidad no ha hecho otra cosa que ayudar a Hitler. Hechos y cifras indiscutibles lo demuestran hoy; el crecimiento del nacionalsocialismo en Austria, el plebiscito del Sarre, las últimas elecciones de Bohemia. La lucha contra el fascismo con los medios del nacionalismo no puede hacer más que echar leña al fuego. Y, a la inversa, el primer éxito serio de la revolución proletaria en Francia, en Bélgica, en Checoslovaquia, en cualquier nación doblará a muerto por Hitler. ¡El que no comprenda esta verdad elemental, puede ocuparse de cualquier cosa, pero no de los problemas del Socialismo!

En el primer período de la guerra la burguesía está en la posición más fuerte; pero se debilita con cada mes de guerra que pasa. El proletariado, por el contrario, si su vanguardia conserva desde el comienzo de la guerra una independencia completa frente a los chacales patriotas, se afirmará y se reforzará, no sólo día en día, sino de hora en hora. En fin de cuentas, no serán los frentes militares los que decidirán la suerte de la guerra, sino el frente social que pasa entre la burguesía y el proletariado. Únicamente la Revolución victoriosa podrá reparar las violencias, las injusticias y los sufrimientos que la guerra lleva a los pueblos. Terminará, no sólo con el fascismo, sino también con el imperialismo que engendra inevitablemente el fascismo.

No podemos saber de antemano cuál será la marcha de la guerra si la debilidad del proletariado permite que estalle. Los frentes se desplazarán y las fronteras serán rotas; precisamente en eso consiste la guerra. Dado el estado actual de la aviación, «todas las fronteras serán rotas, «todas los territorios nacionales serán hollados y devastados. Únicamente los reaccionarios declarados (que con bastante frecuencia se llaman socialistas y hasta comunistas) pueden en estas condiciones llamar al proletariado a defender sus «propias» fronteras nacionales en alianza con su «propia» burguesía. La verdadera labor del proletariado consiste en utilizar las dificultades que causa la guerra a la burguesía para precipitarla en el abismo y abolir al mismo tiempo las fronteras nacionales que ahogan al mismo tiempo a la economía y a la civilización.

La censura impidió la publicación del testamento. Pero, es suficiente el párrafo que llegó a publicarse en una hoja estudiantil clandestina para tener una idea de la monstruosidad del crimen que segó en flor la vida del joven luchador, mártir de la causa obrera paraguaya. He lo aquí: «Me encuentro detenido en el Departamento de Policía por la inhumanidad de las autoridades paraguayas que no tomaron en cuenta mi estado asmático y tuberculoso bilateral crónico y me tienen en condiciones que necesariame tendrán que producir mi muerte. Encargo al señor X. X. mi dinero 150 pesos argentinos y mis cosas que constan en una balija de cuero para que sean remitidas a mi madre en Buenos Aires. Agradezco desde ya sus atenciones. — S. Sirotas».

La prensa estudiantil —«La Alborada», «El estudiante», únicas tribunas de las libertades populares en el Paraguay— editó números especiales en homenaje al compañero muerto, pero las ediciones fueron secuestradas por la policía y prohibida la reaparición de los periódicos mencionados. Febrero de 1936.

diante los hinchas entusiastas y firma contratos donde la coima tiene su cabida. Coima e hinchas que alimentan al tabur de la cancha y de las directivas. Alimento engullido con aparente honestidad, en el anonimato. Anonimato que agita la conciencia pública y propaga el culto a los héroes del deporte más pedestre, todo en reto abierto, a puro coraje, desde las canchas tendidas en la República, con cientos de miles de almas anónimas que vociferan desde las tribunas.

En Torno a Nuestro deporte

(Viene de la página 10)
 8) El fútbol fué la avalancha que arrasó con los espectáculos donde el público estaba en el deber de aplaudir. Veinte y dos hombres recios, fuertes, hábiles, entusiastas, conocedores del juego, se disputaban la posesión de la pelota tratando de hacerla pasar por un espacio limitado por un arco. A tal efecto sólo empleaban los pies. El uso de las manos era penado. Los que asistían como espectadores a la prueba se dividieron en dos bandos: las furias se entregaron sin control. Simpatías y odios se expresaron con violencia. En tanto, los hombres que ejercitaban el juego lo hacían ajenos a las demostraciones del público. El héroe deportivo realizaba sus proezas a título de deporte, con un viso de espontánea realidad. El artificio había desaparecido: los concurrentes no inquietaban el ánimo de los actores. El fútbol era un compuesto de movimientos, que llevaba la pelota al azar, y tras ella corrían los hombres. Corrían sin tener que vencer record alguno. El arrojé, la proeza, el éxito —el goal diremos— arrancaba aplausos, sin obligar al jugador a las consabidas reverencias. El público fué esclavo de la efervescencia de los que actuaban en la cancha. Los movimientos se sucedían en forma imprevista, espontánea; suerte y azar impelía los actos del conjunto que se continuaban vertiginosamente durante dos períodos de cuarenta y cinco minutos cada uno. El desarrollo de las jugadas cobraba un impulso fatalista, y sin embargo, el esfuerzo individual superaba los resultados generales. El futbolista se convirtió en un héroe popular, pues su vestimenta, su modalidad, su estimación, permanecían en un plano anónimo. El futbolista era el conjunto de once. Su juego era un acto de conjunto, pero, de esfuerzo personal. Las jugadas promovían la sucesiva cadena de impulsos que coronaba el propósito del equipo. Heroísmo sin desplantes, impulsivo, espontáneo y sostenido; agudo, ingenioso, de coraje. Ello arrancaba el comentario, la polémica agria, la apreciación tajante, el insulto sangriento, la pelea aviesa. El fútbol, del mismo modo que el cine, resultó el desfile

de impulsos apasionados, afines a diversos tipos en pugna dentro de un argumento dramático. Las diferencias que surgen en el ásimo del espectador se aplacan al final, con el resultado inalterable. Vida o muerte —como representación— en forma terminante. Hombres del día o héroes del día, los jugadores resultaron la muestra del triunfo anónimo. Sueldo más o menos, medalla o copa de premio, el conjunto—team o club— era absorbido por el tiempo, en el anonimato. Premios sin trayectoria, materiales de pignoración, obsequios a un sistema impuesto transitoriamente por jugadores de físico apto y entrenado. Siempre el éxito obtenido, la rutina hecha maestra.

El buen jugador tenía superado el sistema y la táctica que no conformaban sus modalidades nativas. El acatamiento era el anularse. Así se inicia la habilidad del golpe sorpresivo, el movimiento irregular y veloz que reiteraba el culto al coraje. Se provoca la confusión, el entrevero, a propósito de lograr ventaja mediante la maniobra sorpresiva en el ataque o el repliegue, táctica de pura viveza criolla. El juego se hizo veloz y recio, abierto como doma de pútro, sabiendo jugarse todo en el instante propicio. Quebrantar la resistencia enemiga era menos efectista que aprovechar el espacio libre —el blanco en las filas— ofrecido por desuido. Lo hábil era desconcertar en término de velocidad quebrantando las fuerzas defensivas. Sorprender de pronto y precipitarse sobre el arco, pelota y arquero sacudidos en una misma furia dentro del arco.

Con o sin disciplina —en juego de conjunto o personal— el valor combativo de los equipos se destaca por lo improvisado del sistema de organización, que aplican como máquina de ataque. Pases, ritmo o continuidad, tienen sus caracteres excepcionales, y en lo excepcional quieren forjar la regla. Los tipos de clase se imponen sin responsabilidad, pues se salvan en la acción del conjunto. Sin embargo, para el hinchas, el hombre resulta ser el equipo. La demagogia deportiva tiende a asegurar la perdurabilidad del sistema. Los contratos que estipu-

EL TESTAMENTO DE UN MARTIR

ataques de tos y de asma —cada vez más frecuentes— físicamente extenuado pero en plena lucidez de su intelecto, se puso a escribir su testamento. Horas después de redactado el documento, Sirotas expiraba en el hospital adonde lo habían trasladado tardamente.

La prensa estudiantil —«La Alborada», «El estudiante», únicas tribunas de las libertades populares en el Paraguay— editó números especiales en homenaje al compañero muerto, pero las ediciones fueron secuestradas por la policía y prohibida la reaparición de los periódicos mencionados. Febrero de 1936.

diante los hinchas entusiastas y firma contratos donde la coima tiene su cabida. Coima e hinchas que alimentan al tabur de la cancha y de las directivas. Alimento engullido con aparente honestidad, en el anonimato. Anonimato que agita la conciencia pública y propaga el culto a los héroes del deporte más pedestre, todo en reto abierto, a puro coraje, desde las canchas tendidas en la República, con cientos de miles de almas anónimas que vociferan desde las tribunas.

PIDA
QUILMES
 EN BOTELLA DE 1 LITRO
ESPECIAL PARA FAMILIAS

POR B. A. FERNÁNDEZ

LA UNIDAD SINDICAL POR SI SOLA NO BASTA

La caducidad de la vieja dirección «egetista y la formación de la nueva Junta de la Central Obrera ha creado un «problema» de carácter puramente formal para ciertos sectores del movimiento obrero. Nos referimos a la existencia de dos organismos que se atribuyen, simultáneamente, ser la dirección auténtica de la C. G. T. Esto, como es sabido, es consecuencia de la actitud del viejo Comité Confederado depuesto que, al ser disuelto por acuerdo de las más importantes organizaciones gremiales del país, pretende seguir burlando la voluntad de la clase obrera, con el apoyo de algunos sindicatos de muy escasa significación.

Esta maniobra confusionista, no cabe la menor duda, será desbaratada de una manera aplastante por la clase obrera organizada, con la realización del Congreso Constitutivo de la C.G.T. que cuenta ya con el apoyo decidido de la casi totalidad de los sindicatos confederados y de los autónomos —como la Federación Obrera de la Construcción— que han hecho declaraciones en ese sentido. Pero este pronunciamiento rotundo del proletariado no excluye la posibilidad de que la camarilla «sindicalista» depuesta cree una ficción de central, para su uso exclusivo. Algo así como la exhumación de la ex Usa: una sombra cadavérica, pu-trifera, de la ex USA sindicalista, cuya política, en sus últimos días, estaba tan ligada a las esferas oficiales del irigovismo, del mismo modo que la C.G.T. lo estuvo a los gobiernos de los generales Uriburu y Justo.

Esta «división» posible del movimiento obrero ha puesto fuera de sí a quienes hacen de la unidad sindical un evangelio, entendiendo por tal una norma rígida, una fórmula muerta, absoluta, a cuya inviolabilidad la clase trabajadora debe someter, según parece, sus intereses de clase. Para tales personas la actitud adoptada en la C.G.T. es «precipitada», germen de «divisiones», en fin, el mayor peligro que se le haya presentado a la clase obrera.

Tales apreciaciones carecen de base seria, pues es notorio que la dirección expulsada imponía dictatorialmente a la Central Obrera una política opuesta a la voluntad de las organizaciones confederales, mediante la eliminación de quienes más abiertamente la combatían (como la Federación Gráfica Bonaerense) o negando el ingreso de sindicatos de vieja tradición, como el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica. Como si esto no fuese suficiente, la prolongación de un Comité Nacional «provisorio» desde el año 1929 y la consiguiente postergación indefinida del Congreso Constitutivo de la C. G. T., que se iba a realizar recién en marzo de 1936, cuando la camarilla «política» lo tendría ya «preparado» artemente, de manera de asegurarse fraudulentamente una mayoría a su favor, son hechos cuya notoriedad nos exime de entrar en mayores detalles. Esto no sólo justifica sino que obligaba a una actitud como la asumida por los sindicatos mayoritarios.

Quienes se manifiestan ahora contra el «golpe de estado» alegando que hay que mantener la «unidad» y que «debe esperarse el congreso», demuestran falta de responsabilidad. ¿Era acaso este «congreso» y el propio comité confederal depuesto una garantía para la clase obrera organizada? En las condiciones dadas, esperar congreso y someterse a las reglamentaciones emanadas de la burocrática camarilla «política», para evitar escisiones posi-



GANDHI Y EL IMPERIALISMO

Por Orozco

La Liquidación del «Tramontianismo»

Los hechos que se han producido últimamente en las filas sindicales a raíz de la expulsión de la camarilla «política» de la C. G. T., y las alternativas del pleito entre ferroviarios, epílogo del miércoles en un lamentable e histórico acto —un poco de chirinada y otro de comedia demagógica-bufa— sugieren una serie de consideraciones que no pueden desatenderse si se aspira seriamente a la unidad sindical, no sobre bases conciliatorias y burocráticas, sino mediante una lucha consecuente, clara y proletaria, es decir, eliminando previamente todos los obstáculos reaccionarios que se opongan a su realización.

* Sin embargo, las reuniones entre dirigentes enemigos no se han realizado en vano. Sus lecciones son terminantes. En primer lugar, evidencian que la camarilla depuesta, emplea todas las argucias, manipuleos y procedimientos, para eliminar o desplazar la influencia socialista en las filas de la Confederación y llevar a éstas por la vieja y deplorable senda del 30 al 12 de diciembre del pasado año. En segundo lugar, demuestran que los dirigentes que carecen de una ideología precisa, revolucionaria, se ofuscan al primer censo de lucha y no viendo perspectivas color de rosa se entregan sin vacilaciones a cabileos condenables. También comprueban que el Estado no puede intervenir provechosamente en asuntos de incumbencia exclusiva del proletariado y que su objeto es «conciliar» para favorecer a sus adidos y por medio de ellos domesticar a las masas. Y por último, que sólo las actitudes decisivas —como la expulsión de la camarilla del sindicato del riel— liquidan a los saboteadores de la unidad proletaria y de las acciones prácticas en beneficio del nivel de vida de los trabajadores y los conduce a situaciones que, como el «asalto» a la sede de la Unión, los desenmascara definitivamente ante los obreros y les da el tiro de gracia.

Este concepto realista de la disciplina obrera no tiene nada de común con la táctica seguida por ciertas oposiciones sindicales cuando propician la realización de luchas parciales, sin tener en cuenta la existencia de los sindicatos. Se trata en estos casos de fracciones minoritarias que rompen la disciplina gremial, sancionada por las mayorías. Y como en las acciones de lucha es necesario contar precisamente con la mayoría de los obreros, o con su solidaridad, resulta que tales luchas parciales se traducen, fatalmente, en derrotas parciales —como en la reciente resistencia de los guarda-trén de los ferrocarriles contra la aplicación del art. 8 del Laudo Presidencial—, sirviendo sólo a los dirigentes reformistas para desprestigiar las luchas huelguistas y demás medidas sindicales de fuerza, en el orden general.

* En este sentido, los procedimientos empleados por la Junta Ejecutiva Provisoria y las directivas de los Sindicatos Ferroviarios, especialmente la de la Unión, se caracterizan por un exceso de indecisión, de tolerancia y de espíritu conciliador. Pecaron de indecisión al dilatar demasiado el planteamiento en la Unión, de la actitud escisionista, difamatoria y reaccionaria de la camarilla de Tramonti, Melani y Rodríguez, y lojrar que se los expulsara del Sindicato del riel, sólo después de las tratativas censurables y antidemocráticas —en sentido proletario— realizadas entre la actual dirección de la U. F. y los nombrados, con la intervención «amistosa» del doctor Bullrich, secretario de la Presidencia de la Nación. Los organismos dirigentes de la Central Obrera y de la Unión pecaron de excesiva tolerancia al permitir que los miembros de la C. G. T. apócrifa, realizaran sin mayores obstáculos sus jiras escisionistas y sus tareas repudiables desde el 12 de Diciembre a hoy.

En la situación actual por que pasa la C.G.T. sólo la tendencia socialista estaba en condiciones de encabezar una política opuesta a la voluntad de la clase obrera y tratar de impulsarla hacia adelante en la lucha de clases; exigir a las direcciones sindicales el cumplimiento de lo resuelto por los obreros y sólo pasar por sobre las direcciones existentes cuando estas últimas violen las resoluciones sancionadas por las organizaciones, siempre que la clase obrera organizada esté dispuesta a una acción de tal naturaleza.

La posibilidad de una «división» en la Unión Ferroviaria y en la Central Sindical, no debe pues asustar a los obreros. Si ambas organizaciones orientan su acción futura de acuerdo a las necesidades de la hora presente, es decir, en el terreno de la lucha contra la reacción y la defensa de las conquistas obreras, se reagruparán en su totalidad todos los proletarios, y abortarán todas las maniobras divisionistas de los «sindicalistas» amarillos.

* Realizado este paso, es necesario que la C. G. T. inicie con premura las tareas que implican el Plan de Emergencia, la preparación del Congreso y la solidaridad con los obreros que se aprestan para acciones de envergadura. Las declaraciones de la Junta Provisoria con respecto a problemas fundamentales —participación en las luchas políticas que puedan favorecer al proletariado, democracia sindical, lucha de clases, etc.— tendrán un valor y una trascendencia efectiva únicamente cuando se lleven a la práctica, cuando adquieran realidad concreta.

EN LA REPÚBLICA URUGUAYA APUNTES

EN la República uruguaya acaba de solucionarse el conflicto que venía sosteniendo el gremio de la construcción. Los obreros obtuvieron como aquí, un éxito rotundo y como aquí, se obligó al Estado a intervenir en esa solución. Es interesante recalcar que los proletarios del andamio, allá como acá, y como en la mayoría de los países, han tenido que enfrentarse con empresas constructoras pertenecientes a un trust mundial que gira con diversos nombres en los distintos países y hasta en un mismo país. El hecho demuestra a las claras el carácter internacional de la lucha proletaria y evidencia que es necesario su coordinación consciente en el terreno mundial. Las uniones de industria internacionales hallan aquí una prueba más de su derecho a la existencia en beneficio de la emancipación económica y social de los trabajadores.

que exige mayor cauce y amenaza complicarles a la vida si no se actúan un poco. Y la avalancha es tan potente que comienzan a achicarse.

Primero en la Argentina, después en el Uruguay, ahora en Chile, Paraguay y Brasil. La ola huelguista se hace continental y mundial. Y los obreros minuyendo sistemáticamente los beneficios, muchos buenos burgueses, temerosos de perder el oro y el moro, conciben el trabajo realizado por otros y tesaurizado por ellos, en edificios de líneas horriboras pero sólidos y... que prometen una renta pasable hoy que muy pocas cosas les resultan pasables.

No sería conveniente iniciar de inmediato las tareas necesarias para fortalecer los sindicatos en el terreno nacional y crear las uniones de industria en el internacional? El pasado ha demostrado —casos marítimos— que competir en sus presupuestos a expensas del salario obrero, se encuentran con una avalancha compacta y firme del proletariado.

T. S.

“Demostraré que es Verdad Todo Cuanto Dije de la Standard Oil” nos Expresa el Diputado Lencinas

ESTA en la memoria de todo el mundo el incidente promovido por dos diputados nacionales contra la sección argentina de la tentacular Standard Oil. Recordarán todos que el susodicho incidente adquirió, en un momento, extraordinaria resonancia. Pero —eso, sí—, nada más que en un momento.

No se sabe cómo, de golpe, inesperadamente, se hizo absoluto silencio alrededor del asunto. Como obedeciendo a una consigna, —seguramente so hubo tal cosa, sino pura casualidad— todos los órganos de nuestra prensa, que habían abundado en noticias, reportajes y comentarios, para esclarecer debidamente el origen, causa y efectos del referido incidente, callaron al mismo tiempo. Y de entonces acá, siguen mudos. Ni siquiera los diarios a quienes la opinión pública acusa de haber hecho del escándalo un «modus operandi», han insistido en ventilar la cuestión. Acaso por eso precisamente: por haber hecho del escándalo un «modus operandi».



Rafael Lencinas

No les preocupa la verdad—

La verdad es que no se explica ese repentino y uniforme silencio. Sea en contra de la Standard Oil, sea en contra de los que le movieron el incidente —diputados nacionales Lencinas y Saravia—; sea contra una u otra de las partes en pugna, era preciso que los prestigiosos órganos de nuestra prensa dieran su veredicto, cumpliendo con la opinión pública que los lee para orientarse. No lo han hecho. No formularon veredicto alguno. No se preocuparon de dejar establecida la verdad, no se sabe si porque la verdad molestaría a Lencinas y Saravia, o porque colocaría en posición incómoda a la Standard Oil.

Sin mengua del respeto—

Para nosotros es respetable la Standard Oil: respetable, naturalmente, en la medida en que puede serlo una empresa mundialmente conocida por su participación activa en las hazañas del imperialismo yanqui. Así mismo nos inspiran respeto Lencinas y Saravia, en cuanto políticos de influencia, en cuanto legisladores de la Nación, en cuanto amigos leales del general Justo y del doctor Melo. Pero si Saravia y Lencinas, con su ataque contra la Standard Oil, incurrieron en injusticia, no nos costaría esfuerzo increparles por su mala acción, sin mengua, ciertamente, de la actitud respetuosa que con respecto a ellos guardamos. Del mismo modo, si dichos legisladores, al acusar a la Standard Oil, estuvieron en lo cierto, por lo que esta empresa aparecería culpable, nada nos violentaría censurarla y exigir para ella la condigna pena, sin mengua, tampoco, del respeto que nos inspira.

Rompemos el silencio—

En razón de lo que dejamos claramente expuesto, hemos decidido romper el silencio, que si no es cómplice, puede antojárselos a los suspicaces que lo es. Y nos alienta la esperanza de que con nuestra decisión —que llevaremos adelante sin titubeos— serviremos, en primer término, a la verdad —posiblemente más merecedora de respeto que Saravia, que Lencinas y que la Standard— y, en segundo término, a los intereses del país, que peligran toda vez que la Standard, a favor del silencio, puede poner en juego cómodamente sus habilidades.

Y fieles a esa decisión, hemos empezado —en procura de datos que nos orienten— por entrevistar a uno de los autores del incidente silenciado, el doctor Rafael Lencinas.

Con el doctor Lencinas—
Cumple a nuestra hidalguía dejar constancia de que el doctor Lencinas acogió nuestra visita con muestras de complacencia. Sabía —porque se lo habíamos adelantado por teléfono— a qué íbamos. Sabía que lo interrogaríamos con desenvoltura y hasta con indiscreción, dado el carácter combativo de nuestro semanario. Sabía que lo reportearíamos no como se ha hecho costumbre en el periodismo de hoy, (mala costumbre, desde luego), para hacerle «reclames» personal, sino para sonsearle lo que nos interesaba averiguar. Y sabiendo todo esto, lejos de rehuir la entrevista, la facilitó y, según ya dijimos, nos expresó, al recibirnos, franca complacencia. Y sin pérdida de tiempo, nos expresó:

—Pueden afirmar en VISION, que yo no me rectifico en nada. Mantengo firmemente todas y cada una de las acusaciones que en público formulé contra la Standard Oil. Y en público, desde la más alta tribuna —la tribuna parlamentaria— volveré a decir lo que dije y probaré hasta el hartazgo que me asistió y asiste entera razón.

Las palabras, el tono de voz, los gestos, todo Lencinas, refleja en este momento seguridad, plena seguridad.

—¿A qué se debe, entonces, —le preguntamos—, que se haya hecho, tan por completo, el silencio alrededor de este asunto?

—Sé decirles —nos responde— que yo no me he llamado ni me llamaré. En cuanto a los que, habiendo hablado al principio, emudecieron de pronto, no sé a qué atribuirlo, ni lo sabrá nadie, aunque todos lo sospechen. Si de algo puede servirles, les daré este dato: habitualmente, la Standard Oil gasta, en concepto de publicidad, sesenta y cinco mil pesos por mes, pero —¡cosa curiosa!— en el mes en que, a instancias mías y de mi colega Saravia, se procedió a investigar

Buitrago no Puede ser Gobernador

DOSESE, en círculos habitualmente bien informados, que a Jujuy irá de gobernador, en reemplazo del Dr. Arturo Pérez Alisedo, el señor Pedro Buitrago, actualmente diputado nacional.

Y nosotros, a nuestra vez, decimos que el señor Buitrago no puede ser gobernador de Jujuy. Redondamente: *no puede ser.*

Antecedentes

Los lectores de VISION saben por qué renunció don Arturo Pérez Alisedo. Asimismo saber qué papel importante jugó en esta emergencia VISION y cómo el propio renunciante, al hacer entrega del alto puesto que indebidamente desempeñaba en la castigada provincia norteña, acusó a VISION, con rabia, de haberle obligado a despojarse de una investidura que él cree le sentaba a las mil maravillas.

Intrigantes, nos llama. Intrigantes y calumniadores. Y excitado, desborda en varios otros improperios.

Lo de siempre. La fábula del mono que rompe, indignado, el espejo porque refleja su fea imagen, vuelve a repetirse.

Le consta a Pérez Alisedo que los que escribimos en VISION nunca tuvimos con él contacto de ninguna especie, que no lo conocemos personalmente y que, de no haberse producido en Jujuy —provincia que padeció su gobierno— asesinato, despojo, adulteración de mapas, todo ello en torno de intereses mineros en litigio, ni nos hubiéramos acordado de él, ni le hubiéramos mencionado para nada, ya que él, como hombre, no nos infirió nunca agravio alguno y no podíamos tener nosotros ningún interés especial en molestarlo.

Prescindiendo de la persona de él —que no nos preocupaba y que sigue no preocupándonos— sólo lo hemos atacado en cuanto gobernante y en cuanto, como tal, toleraba, si es que no los promovía, los escándalos que no sabemos si fuimos los primeros en conocer, pero que —ese sí lo sabemos— fuimos los primeros en publicar.

Y, en verdad, nuestro ataque consistió sencillamente en dar a conocer lo que en Jujuy sucedía y en documentar, con pruebas gráficas, la exactitud de nuestra información. Si las pruebas resultaron abrumadoras ¿qué culpa tenemos nosotros? Si, una vez exhibidas esas pruebas, se le hacía imposible al señor Pérez Alisedo continuar disfrutando de la gobernación, ¿qué culpa tenemos nosotros? Si fué a consecuencia de la publicación de esas pruebas que el gobierno nacional se apresuró a significarle la conveniencia de que abandonara su alto puesto ¿qué culpa tenemos nosotros? Si, a raíz de todo esto, yendo modestamente a nuestra zaga, todos los diarios —incluso «La Prensa»— se entregaron a la tarea de poner al desnudo las incorrecciones delictuosas cometidas por el gobierno de Jujuy ¿qué culpa tenemos nosotros?

No nos guarde rencor el señor Pérez Alisedo. No se precipite contra VISION, como el mono contra el espejo. No se arrebaté. Cuidese del ridículo.

Buitrago, solidario

Si nos satisface que el señor Pérez Alisedo haya declinado espontáneamente la gobernación, es sólo en cuanto esto puede ser el comienzo de la profilaxis que reclamamos, urgentemente la política y la economía de una provincia argentina, no por aliada de la Capital Federal, menos digna de ser administrada honestamente y de que sus habitantes gocen de las elementales garantías que la Constitución proclama.

oficialmente la veracidad de asegurar desde VISION que la nuestras denuncias, en ese mes, tengo en mi poder y que la mos precisamente en ese, los gastos trará.

de propaganda de la Standard Oil subieron repentinamente a la cifra nada desdeñable de setecientos mil pesos. Ese mes, se duplicó para la Standard el precio de la propaganda.

—¿Cómo obtuvo tan sugestivo dato, doctor?

—De fuente insospechable...

—Vaguedades, no, ¡por favor! Nos mira sonriente y explica: —Conviene, para mayor eficacia, que me reserve la prueba para exhibirla, ante mis colegas, en la Cámara de Diputados de la Nación. Pero pueden ustedes



Dr. Arturo Pérez Alisedo

Pero no habrá verdadera profilaxis —en el sentido que acabamos de señalar— si se permite que el «perezalisedismo» —valga la palabra— siga gobernando, aunque sea por «interpósita persona».

De ahí que afirmemos que el señor Pedro Buitrago no puede ser gobernador de Jujuy.

El señor Buitrago debe conformarse con seguir ocupando su banca en la Cámara de Diputados de la Nación, aunque acaso fuera mucho mejor que la dejara desierta.

El señor Buitrago podría volver a desempeñar —ya que en otra oportunidad lo hizo con bastante eficacia— la representación de la empresa minera «Sud América». Eso le dará para vivir holgadamente, sin necesidad de ocupar la primera magistratura de su provincia, que —insistimos— no puede desempeñar.

Y no puede desempeñarla, porque está inhibido para ello.

Está inhibido para ser gobernador, precisamente por haber estado vinculado largo tiempo a una empresa minera. De esta clase de vinculaciones siempre queda algo y en momentos en que cae un gobernador debido a una cuestión de minas, no es razonable que lo reemplace otro que, a su vez, también podría verse envuelto en una cuestión de minas.

Por otra parte, en repetidas ocasiones el señor Buitrago, hombre leal y caballero pundonoroso, acreditó en la Cámara de Diputados su solidaridad política con el Dr. Pérez Alisedo. Y su solidaridad en materia de petróleo. Hace pocos meses, sostuvo un incidente parlamentario con Dickmann, precisamente por defender (Buitrago) el comportamiento de Pérez Alisedo en un asunto petrolífero, comportamiento que Dickmann calificó de «nefasto».

Y esa solidaridad petrolífera-política de Buitrago con Pérez Alisedo, no garantiza falta de solidaridad en materia de estaño.

Por lo mismo, el Dr. Pedro Buitrago no puede ser gobernador de Jujuy.

dard Oil trae al país petróleo de origen boliviano, sin pagar derechos de aduana, sin haber gestionado permiso alguno ni ante nuestro gobierno, ni ante el gobierno de Bolivia.

—Así es.

—Es un caso clavado, pues, de defraudación al Fisco.

—Procuraré probarlo.

—¿Podrá probarlo?

—No hablaría con tanto aplomo, si no abrigara la certidumbre de que lograré vencer todas las dificultades que se me opongan y demostraré acabadamente la verdad de mis asertos.

—Me ratifico en mi acusación.

—De modo que, gracias a ese oleoducto disimulado, la Stan-